



Dedicatoria
Nicolás Maquiavelo al
Magnífico Lorenzo de Médicis

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas¹.

Acciones que luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos, cual muchos suelen hacer con sus cosas²; porque he querido, o que nada la honre, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. No quiero que se mire como presunción en el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes³, así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer la de los

¹ Las dos escuelas de los grandes hombres. (Cristina de Suecia)

² Como Tácito y Gibbon (G)

³ Con esto empecé y con ello conviene empezar. Se conoce mucho mejor el fondo de los valles cuando se está en la cumbre de la montaña (RC).

príncipes hay que pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago; si lo lee y medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una grande y constante malignidad de la suerte.

EL PRÍNCIPE

Capítulo I

De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo⁴, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud.

⁴ Tal será el mío si Dios me da vida (G)

Capítulo II

De los principados hereditarios

Dejaré a un lado el discutir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré solo a los principados⁵, para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer cómo puede gobernarse y conservarse tales principados.

En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo⁶, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse⁷. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él⁸; y aunque así sucediese, sólo, tendría que esperar; para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo^{9, 10}.

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en el 84 (1484) ni los del papa Julio en el 10 (1510), por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio¹¹, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro¹².

⁵ Sólo hay esto de bueno, pese a lo que digan, pero me es preciso cantar y cantar en el mismo tono que ellos (los republicanos) hasta nueva orden (G).

⁶ Procuraré evitarlo haciéndome el decano de los soberanos de Europa (G).

⁷ No es suficiente. (Cristina de Suecia)

⁸ Es difícil que los príncipes hereditarios sean despojados. (Cristina de Suecia)

⁹ Tiene razón. (Cristina de Suecia.)

¹⁰ Lo veremos. Lo que me favorece es que no se lo he tornado a él, sino a un tercero que no era más una insufrible ciénaga de republicanismo. La odiosidad de la usurpación no recae sobre mí; los forjadores de frases a sueldo mío lo han persuadido ya: No ha destronado él más que a la anarquía. Mis derechos al trono de Francia no están mal establecidos en la novela de Lemont... En cuanto al trono de Italia, tendré una disertación de Montga... Esto les es necesario a los italianos, que presumen de oradores. Bastaba una novela para los franceses. El pueblo bajo, que no lee, tendrá las homilias de los obispos y curas que yo haya nombrado, y además un catecismo aprobado por el nuncio apostólico. No se resistirá a esta magia. No le falta nada, supuesto que el papa ha ungido mi frente imperial, bajo cuyo aspecto debo parecer todavía más inmovible que todos los Borbones (RI).

¹¹ No son aborrecidos todo lo que debieran los vicios de los príncipes reinantes. (Cristina de Suecia)

¹² ¡Cuántas piedras angulares se me dejan! La mayoría está todavía allí, y sería necesario que no quedase ni uno solo para que yo perdiese toda esperanza. Volveré a hallar allí mis águilas, mis N, mis bustos, mis estatuas y aun quizá la carroza imperial de mi coronación. Todo esto habla incesantemente a los ojos del pueblo en mi favor y me trae a su memoria (E).

Capítulo III

De los principados mixtos

Pero las dificultades existen en los principados nuevas. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto¹³, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de Señor, creyendo mejorar¹⁴; y esta creencia los impulsa a tornar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo¹⁵. De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos¹⁶; porque siempre, aunque se descansa en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los “provincianos” para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió¹⁷; y bastaron la primera vez para arrebatárselo las mismas fuerzas de Ludovico Sforza; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado¹⁸, no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles¹⁹. De modo que, si para hacer

¹³ Como lo será el mío sobre Piamonte, Toscana, Roma, etc. (RC.)

¹⁴ "Minore discrimine sumi principem quam quaeri" (Hay menores inconvenientes en conservar el rey que se tiene que buscar otro). El aserto es de Tácito. Yo creo que tiene razón. (Cristina de Suecia)

¹⁵ Poco me importa: el éxito justifica (RC).

¹⁶ ¡Bribones! Me dan a conocer cruelmente esta verdad. Si no lograra librarme de su tiranía, me sacrificarían (RI).

¹⁷ No me lo habrían quitado los austro-rusos si yo hubiera permanecido allí en 1798 (RC).

¹⁸ Por lo menos, yo no habla frustrado las esperanzas de quienes me habían abierto sus puertas en 1796 (RC).

¹⁹ A lo que me dediqué al recuperar este país en 1800. Pregúntese al príncipe Carlos si me resultó bien (RI).

perder Milán a Francia bastó la primera vez un duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda, se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia, todo cual se explica por las razones antedichas²⁰.

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discurridas; quedan ahora las de la segunda, y queda el ver los medios de que disponía o de que hubiese podido disponer alguien que se encontrara en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él²¹.

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua, o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres²², y para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba²³, porque, por lo demás, y siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de que gozaban, los hombres permanecen sosegados, como se ha visto en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que están unidas a Francia desde hace tanto tiempo²⁴; y aun cuando hay alguna diferencia de idioma, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en buena armonía. Y quien los adquiera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero que la descendencia del anterior príncipe desaparezca²⁵; después, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados²⁶.

Y se verá que en brevísimo tiempo el principado adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador²⁷.

Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades²⁸ y se hace precisa mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos; y uno de los mejores y más eficaces

²⁰ No sucederá esto ya (RC).

²¹ Sé Más que Maquiavelo sobre este particular (RC). Estos medios no tienen ellos ni siquiera visos de sospecharlos, y les aconsejan otros contrarios. Mejor que mejor (E).

²² Aun cuando lo estuvieran, sabría yo reducirlos (G).

²³ No me olvidaré de esto en cuantas partes establezca mi dominación (G)

²⁴ Bélgica, que recién lo está, suministra, gracias a mí, un bello ejemplo (RC).

²⁵ Le ayudarán (G).

²⁶ Simpleza de Maquiavelo. ¿Podía conocer él tan bien como yo todo el dominio de la fuerza? Le daré bien pronto una lección opuesta en su mismo país en Toscana, como también en Piamonte, Parma, Roma, etc. (RI).

²⁷ Conseguiré los mismos resultados sin estas precauciones de la debilidad (RI)

²⁸ Otra simpleza. ¡La fuerza! (RI).

remedios sería que la persona que los adquiriera fuese a vivir en ellos. Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco con Grecia; ya que, a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si no hubiese ido a establecerse allí²⁹. Porque, de esta manera, ven nacer los desórdenes y se los puede reprimir con prontitud; pero, residiendo en otra parte, se entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio. Además, los representantes del príncipe no pueden saquear la provincia³⁰, y los súbditos están más satisfechos porque pueden recurrir a él fácilmente y tienen más oportunidades para amarlo³¹, si quieren ser buenos, y para temerlo, si quieren proceder de otra manera. Los extranjeros que desearan apoderarse del Estado tendrían más respeto; de modo que, habitando en él, sólo con muchísima dificultad podrá perderlo³².

Otro buen remedio es mandar colonias a uno o dos lugares que sean como llaves de aquel Estado; porque es preciso hacer esto o mantener numerosa tropas³³. En las colonias no se gasta mucho, y con esos pocos gastos se las gobierna y conserva, y sólo se perjudica a aquellos a quienes se arrebatan los campos y las casas para darlos a los nuevos habitantes, que forman una mínima parte de aquel Estado.

Y como los damnificados son pobres y andan dispersos, jamás pueden significar peligro^{34, 35}; y en cuanto a los demás, como por una parte no tienen motivos para considerarse perjudicados, y por la otra temen incurrir en falta y exponerse a que les suceda lo que a los despojados, se quedan tranquilos³⁶. Concluyo que las colonias no cuestan, que son más fieles y entrañan menos peligro; y que los damnificados no pueden causar molestias, porque son pobres y están aislados, como ya he dicho³⁷.

Ha de notarse, pues, que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos³⁸,

²⁹ Lo supliré con virreyes o reyes que no serán más que dependientes míos. No harán nada sino por orden mía, o de lo contrario: "destituidos" (RI).

³⁰ Conviene, ciertamente que se enriquezcan si, por otra parte, me sirven a mi antojo (RC).

³¹ Témanme, y me basta (RI).

³² Imposible con respecto a mí. El terror de mi nombre equivaldrá a mi presencia (RC).

³³ Ad abundantiam juris. Se hace uno Y otro (RC).

³⁴ Es menester cuidarse de aquellos que, aunque no tienen nada que perder, tienen corazón. (Cristina de Suecia.)

³⁵ Es harto buena la reflexión y me aprovecharé de ella (RC).

³⁶ He aquí como los quiero (RC).

³⁷ Ejecutaré todo esto en el Piamonte, al reunirlo a Francia. Allí tendré para mis colonias aquellos bienes confiscados con anterioridad a mi llegada y que se ha convenido en denominar "nacionales" (G).

³⁸ Todo esto sería torpe si no fuese impío. (Cristina de Suecia.)

porque si se vengan de las ofensas leves³⁹, de las graves no pueden; así que la ofensa que se haga al hombre debe ser tal, que le resulte imposible vengarse⁴⁰.

Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor, porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado⁴¹ y la adquisición se convierte en pérdida, y, además, se perjudica e incomoda a todos con el frecuente cambio del alojamiento de las tropas. Incomodidad y perjuicio que todos sufren, y por los cuales todos se vuelven enemigos; y son enemigos que deben temerse, aun cuando permanezcan encerrados en sus casas⁴². La ocupación militar es, pues, desde cualquier punto de vista, tan inútil como útiles son las colonias.

El príncipe que anexe una provincia de costumbres, lengua y organización distintas a las de la suya, debe también convertirse en paladín y defensor de los vecinos menos poderosos, ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío⁴³ y cuidarse de que, bajo ningún pretexto, entre en su Estado un extranjero tan poderoso como él. Porque siempre sucede que el recién llegado se pone de parte de aquellos que, por ambición o por miedo, están descontentos de su gobierno⁴⁴; como ya se vio cuando los etolios llamaron a los romanos a Grecia: los invasores entraron en las demás provincias llamados por sus propios habitantes⁴⁵. Lo que ocurre comúnmente es que, no bien un extranjero poderoso entra en una provincia, se le adhieren todos los que sienten envidia del que es más fuerte entre ellos⁴⁶; de modo que el extranjero no necesita gran fatiga para ganarlos a su causa, ya que enseguida y de buena gana forman un bloque con el Estado invasor⁴⁷. Sólo tiene que preocuparse de que después sus aliados no adquieran demasiada fuerza y autoridad, cosa que puede hacer fácilmente con sus tropas, que abatirán a los poderosos y lo dejarán

³⁹No veo hacerlas más que ligeras a los míos por espíritu de benignidad; no se vengarán menos de ellos en beneficio mío. ¿Se sabe el abecé del arte de reinar cuando se ignora que desagradando un poco es como si se desagradara con mucho? (E)

⁴⁰No he observado bastante bien esta regla; pero ellos arman a los que ofenden, y estos ofendidos me pertenecen (E).

⁴¹Las carga uno muy bien a fin de que quede algo para sí (RC).

⁴²No los temo, cuando los fuerzo a quedarse en ellas y de las que no saldrán, al menos para reunirse contra mí (RC).

⁴³Para ello no hay mejor medio que desposeerlos y apoderarse de sus despojos. Módena, Plasencia, Parma, Nápoles, Roma y Florencia proporcionaron otros nuevos (RC).

⁴⁴Sobre esto espero a Austria, en Lombardía (G).

⁴⁵Los que pueden llamarse en Lombardía no son romanos (G).

⁴⁶¡Qué buen socorro hallaría Austria, contra mí en las flojas potencias actuales de Italia! (G).

⁴⁷¡Ganarlos! No me tomaré este trabajo. Estarán obligados con mi fuerza a formar cuerpo conmigo, especialmente en mi plan de Confederación del Rin (RI).

árbitro único de la provincia⁴⁸. El que, en lo que a esta parte se refiere, no gobierne bien perderá muy pronto lo que hubiere conquistado, y aun cuando lo conserve, tropezará con infinitas dificultades y obstáculos⁴⁹.

Los romanos, en las provincias de las cuales se hicieron dueños, observaron perfectamente estas reglas. Establecieron colonias, respetaron a los menos poderosos sin aumentar su poder, avasallaron a los poderosos y no permitieron adquirir influencia en el país a los extranjeros poderosos⁵⁰. Y quiero que me baste lo sucedido en la provincia de Grecia como ejemplo. Fueron respetados acayos y etolios, fue sometido el reino de los macedonios, fue expulsado Antíoco⁵¹, y nunca los méritos que hicieron acayos o etolios los llevaron a permitirles expansión alguna⁵² ni las palabras de Filipo los indujeron a tenerlo como amigo sin someterlo, ni el poder de Antíoco pudo hacer que consintiesen en darle ningún Estado en la provincia⁵³. Los romanos hicieron en estos casos lo que todo príncipe prudente debe hacer, lo cual no consiste simplemente en preocuparse de los desórdenes presentes, sino también de los futuros, y de evitar los primeros a cualquier precio. Porque previniéndolos a tiempo se pueden remediar con facilidad; pero si se espera que progresen, la medicina llega a deshora, pues la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede lo que los médicos dicen del tísico: que al principio su mal es difícil de conocer, pero fácil de curar⁵⁴, mientras que, con el transcurso del tiempo, al no haber sido conocido ni atajado, se vuelve fácil de conocer, pero difícil de curar. Así pasa en las cosas del Estado: los males que nacen en él, cuando se los descubre a tiempo, lo que sólo es dado al hombre sagaz, se los cura pronto; pero ya no tienen remedio cuando, por no haberlos advertido, se los deja crecer hasta el punto de que todo el mundo los ve.

Pero como los romanos vieron con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre, y jamás les dejaron seguir su curso por evitar una guerra, porque sabían que una guerra no se evita, sino que se difiere para provecho ajeno⁵⁵. La

⁴⁸ Bueno de consultar para mis proyectos sobre Italia y Alemania (G).

⁴⁹ Maquiavelo se admiraría del arte con que supe ahorrármelos (RI).

⁵⁰ Se cuida de desacreditarlos allí (RC).

⁵¹ ¡Por qué no todos los demás! (RC).

⁵² No era esto bastante: los hijos de Rómulo tenían todavía necesidad de mi escuela (RI).

⁵³ Es lo mejor que ellos hicieron (RC).

⁵⁴ Maquiavelo tenía el ánimo enfermo al escribir esto, o había visto a su médico (RI).

⁵⁵ Importante máxima, de que me es preciso formar una de las principales reglas de mi marcial y política conducta (G).

declararon, pues, a Filipo y a Antíoco en Grecia, para no verse obligados a sostenerla en Italia; y aunque entonces podían evitarla tanto en una como en otra parte, no lo quisieron. Nunca fueron partidarios de ese consejo, que está en boca de todos los sabios de nuestra época⁵⁶: «hay que esperarlo todo del tiempo»⁵⁷; prefirieron confiar en su prudencia y en su valor, no ignorando que el tiempo puede traer cualquier cosa consigo, y que puede engendrar tanto el bien como el mal, y tanto el mal como el bien⁵⁸.

Pero volvamos a Francia y examinemos si se ha hecho algo de lo dicho. Hablaré, no de Carlos, sino de Luis, es decir, de aquel que, por haber dominado más tiempo en Italia, nos ha permitido apreciar mejor su conducta.

Y se verá como ha hecho lo contrario de lo que debe hacerse para conservar un estado de distinta nacionalidad⁵⁹.

El rey Luis fue llevado a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, gracias a su intervención, conquistar la mitad de Lombardía. Yo no pretendo censurar la decisión por el rey, porque si tenía el propósito de empezar a introducirse en Italia, y carecía de amigos, y todas las puertas se le cerraban a causa de los desmanes del rey Carlos, no podía menos que aceptar las amistades que se le ofrecían⁶⁰. Y habría triunfado en su designio si no hubiera cometido error alguno en sus medidas posteriores. Conquistada, pues, la Lombardía, el rey pronto recobró para Francia la reputación que Carlos le había hecho perder. Génova cedió; los florentinos le brindaron su amistad; el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forli, los señores de Faenza de Pésaro, de Rímini, de Camerino y de Piombino, los luqueses, los pisanos y los sieneses, todos trataron de convertirse en sus amigos⁶¹. Y entonces pudieron comprender los venecianos la temeridad de su ocurrencia: para apoderarse de dos ciudades de Lombardía, hicieron el rey dueño de las dos terceras partes de Italia⁶².

⁵⁶ He aquí la política de los reyes, la única sólida. (Cristina de Suecia.)

⁵⁷ Son unos cobardes, y si se pusieran en mi presencia alguno consejeros de este templo, los... (RC)

⁵⁸ Es menester saber dominar sobre uno y otro (G).

⁵⁹ Prescribiré allí el uso de la lengua francesa, comenzando por Piamonte, que es la provincia más próxima a Francia. Ninguna cosa más eficaz para introducir las costumbres de un pueblo en otro extranjero que acreditar allí su lengua (G).

⁶⁰ Me era mucho más fácil comprar a los genoveses, que, por especulación fiscal, me dieron entrada en Italia (G).

⁶¹ He sabido proporcionarme ya el mismo honor, y no cometeré, ciertamente, las mismas faltas (G).

⁶² Los lombardos, a quienes aparenté dar la Valtelina, el Bergamasco, Mantuano, Bresciano, etc., comunicándoles la manía republicana, me hicieron ya el mismo servicio. Dueño una vez de su territorio, tendré bien pronto el resto de Italia (G).

Considérese ahora con qué facilidad el rey podía conservar su influencia en Italia, con tal de haber observado las reglas enunciadas y defendido a sus amigos, que, por ser numerosos y débiles, y temer unos a los venecianos y otros a la Iglesia, estaban siempre necesitados de su apoyo; y por medio de ellos contener sin dificultad a los pocos enemigos grandes que quedaban⁶³. Pero pronto obró al revés en Milán, al ayudar al papa Alejandro para que ocupase la Romaña. No advirtió de que con esta medida perdía a sus amigos y a los que se habían puesto bajo su protección, y al par que debilitaba sus propias fuerzas, engrandecía a la Iglesia⁶⁴, añadiendo tanto poder temporal al espiritual, que ya bastante autoridad le daba⁶⁵. Y cometido un primer error, hubo que seguir por el mismo camino; y para poner fin a la ambición de Alejandro e impedir que se convirtiese en señor de Toscana, se vio obligado a volver a Italia. No le bastó haber engrandecido a la Iglesia y perdido a sus amigos, sino que, para gozar tranquilo del reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España⁶⁶; y donde él era antes árbitro único, puso un compañero para que los ambiciosos y descontentos de la provincia tuviesen a quien recurrir; y donde podía haber dejado a un rey tributario⁶⁷ llamó a alguien que podía echarlo a él⁶⁸.

El ansia de conquista es, sin duda, un sentimiento muy natural y común, y siempre que lo hagan los que pueden, antes serán alabados que censurados; pero cuando intentan hacerlo a toda costa los que no pueden, la censura es lícita⁶⁹. Si Francia podía, pues, con sus fuerzas apoderarse de Nápoles, debía hacerlo; y si no podía, no debía dividirlo. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos era excusable porque le permitió entrar en Italia, lo otro, que no⁷⁰ estaba justificado por ninguna necesidad, es reprobable. Luis cometió, pues, cinco faltas: aniquiló a los débiles⁷¹, aumentó el poder de un poderoso de Italia, introdujo en ella a un extranjero más poderoso aún, no se estableció en el territorio conquistado y no fundó colonias. Y, sin embargo, estas faltas, por lo menos en vida de él, podían no

⁶³ No tendré necesidad de ellos para conseguir esta ventaja (G).

⁶⁴ Falta enorme (G).

⁶⁵ Es indispensable que yo embote los dos filos de su cuchilla. Luis XII no era más que un idiota (G).

⁶⁶ Lo haré también, pero la repartición que haga no me quitará la supremacía, y mi buen José no me la disputará (RI)

⁶⁷ Como lo será el que yo ponga allí. (RI).

⁶⁸ Viéndome precisado a retirar de allí a mi José, no estoy sin temores sobre el sucesor que le doy (RI).

⁶⁹ No faltará nada a las mías (G)

⁷⁰ Se busca que no lo sea (G).

⁷¹ No era una, si no hubiera cometido las otras (G).

haber traído consecuencias desastrosas si no hubiese cometido la sexta, la de despojar de su Estado a los venecianos⁷². Porque, en vez de hacer fuerte a la Iglesia y de poner a España en Italia, era muy razonable y hasta necesario que los sometiese; pero cometido el error, nunca debió consentir en la ruina de los venecianos, pues poderosos como eran, habrían mantenido a los otros siempre distantes de toda acción contra Lombardía, ya porque no lo hubiesen permitido sino para ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubiesen querido arrebátarsela a Francia para dársela a los venecianos, y para atacar a ambos a la vez les hubiera faltado audacia⁷³. Y si alguien dijese que el rey Luis cedió la Romaña a Alejandro y el Reino a España para evitar la guerra, contestaría con las razones arriba enunciadas: que para evitar una guerra nunca se debe dejar que sin desorden siga su curso, porque no se la evita, sino se la posterga en perjuicio propio⁷⁴. Y si otros alegasen que el rey había prometido al papa ejecutar la empresa en su favor para obtener la disolución de su matrimonio y el capelo de Ruán, respondería con lo que más adelante se dirá acerca de la fe de los príncipes y del modo de observarla⁷⁵.

El rey Luis ha perdido, pues, la Lombardía por no haber seguido ninguna de las normas que siguieron los que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. No se trata de milagro alguno, sino de un hecho muy natural y lógico. Así se lo dije en Nantes al cardenal de Ruán llamado «el Valentino» como era llamado por el pueblo César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba la Romaña. Como me dijera el cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada de las cosas de la guerra, yo tuve que contestarle que los franceses entendían menos de las que se refieren al Estado, porque de lo contrario no hubiesen dejado que la Iglesia adquiriese tanta influencia⁷⁶. Y ya se ha visto cómo, después de haber contribuido a crear la grandeza de la Iglesia y de España en Italia, Francia fue arruinada por ellas⁷⁷. De lo cual se infiere una regla general que rara vez o nunca falla: que el que ayuda a otro

⁷² Su falta consistió en no haber tomado bien el tiempo de ello (G).

⁷³ El raciocinio es bastante bueno para aquel tiempo (RI).

⁷⁴ Al primer descontento, declarada la guerra: conocido una vez esta prontitud de resolución hace circunspectos a nuestros enemigos.

⁷⁵ Aquí está el mayor arte de la política: y mi dictamen es que no podemos poseerlo bastante lejos (G).

⁷⁶ ¿Era menester más para que Roma anatematizara a Maquiavelo? (G).

⁷⁷ Ellos me lo pagarán caro

a hacerse poderoso causa su propia ruina⁷⁸. Porque es natural que el que se ha vuelto poderoso recele de la misma astucia o de la misma fuerza gracias a las cuales se lo ha ayudado⁷⁹.

⁷⁸ Lo que no haré nunca (G).

⁷⁹ Los enemigos no aparentan recelarlo (G).

Capítulo IV

Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra los sucesores de este, después de su muerte⁸⁰

Consideradas las dificultades que encierra el conservar un Estado recientemente adquirido, alguien podría preguntarse con asombro a qué se debe que, hecho Alejandro Magno dueño de Asia en pocos años⁸¹ y muerto apenas ocupada, sus sucesores, en circunstancias en que hubiese sido muy natural que el Estado se rebelase, lo retuvieron en sus manos⁸² sin otros obstáculos que los que por ambición surgieron entre ellos⁸³. Contesto que todos los principados de que se guarda memoria han sido gobernados de dos modos distintos: o por un príncipe que elige de entre sus siervos, que lo son todos, los ministros que lo ayudarán a gobernar, o por un príncipe asistido por nobles que, no a la gracia del señor, sino a la antigüedad de su linaje, deben la posición que ocupan. Estos nobles tienen Estados y súbditos propios, que los reconocen por señores y les tienen natural afección⁸⁴. Mientras que, en los Estados gobernados por un príncipe asistido por siervos, el príncipe goza de mayor autoridad: porque en toda la provincia no se reconoce soberano sino a él, y si se obedece a otro, a quien además no se tiene particular amor, sólo se lo hace por tratarse de un ministro y magistrado del príncipe⁸⁵. Los ejemplos de estas dos clases de gobierno se hallan hoy en el Turco y en el rey de Francia⁸⁶. Toda Turquía está gobernada por un solo señor, del cual los demás habitantes son siervos; un señor que divide su reino en sanjacados, nombra sus administradores y los cambia y reemplaza a su antojo⁸⁷. En cambio, el rey de Francia está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, que son reconocidos y amados por sus súbditos y que son dueños de

⁸⁰ Atención a esto: no puedo casi prometerme más que treinta años de reinado y quiero tener hijos idóneos para sucederme (RI).

⁸¹ Seis años. (Cristina de Suecia.)

⁸² Le contenía el poder del solo nombre de Alejandro (RI)

⁸³ Carlomagno se mostró más sabio de lo que había sido aquel loco de Alejandro, que quiso que sus herederos celebrasen sus exequias con las armas en la mano (RI).

⁸⁴ Antigualla feudal que temo ciertamente verme obligado a resucitar, al mis generales persisten en hacerme ley de ello (RI).

⁸⁵ ¡Famoso! Haré todo para lograrlo (RI).

⁸⁶ Ya no existe diferencia entre Turquía y Francia. El gobierno de Francia es el de Turquía, pero en miniatura. (Cristina de Suecia.) (Cristina se refiere al gobierno de Luis XIV. Conviene mencionar que tanto éste como Francia en aquella época impresionaron desfavorablemente a la reina sueca.)

⁸⁷ Son respetables siempre los antojos de los emperadores. Tienen ellos sus motivos para concebirlos (RI).

un Estado que el rey no puede arrebatárselos sin exponerse⁸⁸. Así, si se examina uno y otro gobierno, se verá que hay, en efecto, dificultad para conquistar el Estado del Turco, pero que, una vez conquistado, es muy fácil conservarlo. Las razones de la dificultad para apoderarse del reino del Turco residen en que no se puede esperar ser llamado por los príncipes del Estado, ni confiar en que su rebelión facilitará la empresa⁸⁹. Porque, siendo esclavos y deudores del príncipe, no es nada fácil sobornarlos; y aunque se lo consiguiese, de poca utilidad sería, ya que, por las razones enumeradas, los traidores no podrían arrastrar consigo al pueblo⁹⁰. De donde quien piense en atacar al Turco reflexione antes en que hallará el Estado unido, y confíe más en sus propias fuerzas que en las intrigas ajenas⁹¹. Pero una vez vencido y derrotado en campo abierto de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, ya no hay que temer sino a la familia del príncipe; y extinguida ésta⁹², no queda nadie que signifique peligro, pues nadie goza de crédito en el pueblo; y como antes de la victoria el vencedor no podía esperar nada de los ministros del príncipe, nada debe temer después de ella⁹³.

Lo contrario sucede en los reinos organizados como el de Francia, donde, si te traes a algunos de los nobles, que siempre existen descontentos y amigos de las mudanzas, fácil te será entrar⁹⁴. Estos, por las razones ya dichas, pueden abrirte el camino y facilitarte la conquista; pero si quieres mantenerla, tropezarás después con infinitas dificultades y tendrás que luchar contra los que te han ayudado y contra los que has oprimido^{95, 96}. No bastará que extermines la raza del príncipe: quedarán los nobles, que se harán cabecillas de los nuevos movimientos, y como no podrás conformarlos ni matarlos a todos⁹⁷ perderás el Estado en la primera oportunidad que se les presente⁹⁸.

Ahora, si se medita sobre la naturaleza del gobierno de Darío, se advertirá que se

⁸⁸ No tengo a lo menos este estorbo, aunque si otros equivalentes (RI).

⁸⁹ Discurremos medios extraordinarios, porque es de gran necesidad que el Imperio de Oriente vuelva a reunirse con el de Occidente (RI).

⁹⁰ ¡Ojalá que en Francia me hallara yo en una situación parecida! (RC)

⁹¹ Mis fuerzas y mi nombre (RI).

⁹² Dudo si el imperio del mundo vale tal precio. (Cristina de Suecia.)

⁹³ ¿Por qué no puedo hacer mudar juntamente de lugar a Turquía y a Francia? (RI).

⁹⁴ Cortarles los brazos o levantarles la tapa de los sesos (RC).

⁹⁵ Considero a Francia fácil de conquistar y no difícil de conservar. (Cristina de Suecia.)

⁹⁶ No lo echo de ver más que mucho (RI).

⁹⁷ Se había comenzado tan bien en 1793... (RI).

⁹⁸ Esto no es sino muy cierto (RI)

parecía mucho al del Turco⁹⁹. Por eso fue preciso que Alejandro lo derrotara completamente y le cortara la campaña. Después de la victoria, y muerto Darío, Alejandro quedó dueño tranquilo del Estado, por las razones discurridas. Y si los sucesores hubiesen permanecido unidos, habrían podido gozar en paz de la conquista, porque no hubo en el reino otros tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Pero es imposible conservar con tanta seguridad un organizado como el de Francia¹⁰⁰. Por ejemplo, los numerosos principados que había en España, Italia y Grecia explican las recuentes revueltas contra los romanos y mientras perduró el recuerdo de su existencia, los romanos nunca estuvieron seguros de su conquista; pero una vez el recuerdo borrado, se convirtieron, gracias a la duración y al poder del imperio, en sus seguros dominadores¹⁰¹. Y así después pudieron, peleándose entre sí, sacar la parte que les fue posible en aquellas provincias, de acuerdo con la autoridad que tenían en ellas; porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos señores, no se reconocían otros dueños que los romanos. Considerando, pues, estas cosas, no se asombrará nadie de la facilidad con que Alejandro conservó el Estado de Asia, y de la dificultad con que los otros conservaron lo adquirido como Pirro y muchos otros. Lo que no depende de la poca o mucha virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.

⁹⁹ Pero Darío no era el igual de Alejandro como... (RC).

¹⁰⁰ He provisto a esto y proveeré más todavía (RI).

¹⁰¹ Cuento con la misma ventaja en lo que me concierne (RI).

Capítulo V

De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, se regían por sus propias leyes

Hay tres modos de conservar un Estado que, antes de ser adquirido, estaba acostumbrado a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad:

- primero, destruirlo¹⁰²
- radicarse en él
- por último, dejarlo regir por sus leyes¹⁰³, obligarlo a pagar un tributo y establecer un gobierno compuesto por un corto número de personas, para que se encargue de velar por la conquista. Como ese gobierno sabe que nada puede sin la amistad y poder del príncipe, no ha de reparar en medios para conservar el Estado. Porque nada hay mejor para conservar, si se la quiere conservar, una ciudad acostumbrada a vivir libre que hacerla gobernar por sus mismos ciudadanos¹⁰⁴

Ahí están los espartanos y romanos como ejemplo de ello. Los espartanos ocuparon a Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico, y, sin embargo, las perdieron. Los romanos, para conservar a Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron, y no las perdieron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho los espartanos, dejándole sus leyes y su libertad, y no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla¹⁰⁵. Quien se haga dueño de una ciudad así y no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan ni se dispersan, nadie se olvida de aquel nombre ni de

¹⁰² Esto no vale nada en el siglo en que estamos (G).

¹⁰³ Mala máxima; la continuación es lo que hay de mejor (G).

¹⁰⁴ En Milán, una comisión ejecutiva de tres adietos, como mi triunvirato directorial de Génova (RC).

¹⁰⁵ Pero puede hacerse esto a la letra de muchas modos, sin destruirla, mudando, sin embargo, su constitución (G).

aquellos estatutos, y a ellos inmediatamente recurren en cualquier contingencia, como hizo Pisa luego de estar un siglo bajo el yugo florentino¹⁰⁶. Pero cuando las ciudades o provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y por la extinción de éste y su linaje queda vacante el gobierno, como por un lado los habitantes están habituados a obedecer y por otro no tienen a quién, y no se ponen de acuerdo para elegir a uno de entre ellos, ni saben vivir en libertad, y por último tampoco se deciden a tomar las armas contra el invasor, un príncipe puede fácilmente conquistarlas y retenerlas¹⁰⁷. En las repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. El recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas¹⁰⁸ o radicarse en ellas¹⁰⁹.

¹⁰⁶ Génova podría darme alguna inquietud, pero nada tengo que temer de los venecianos (RC).

¹⁰⁷ Especialmente cuando se dice que se trae la libertad e igualdad al pueblo (G)

¹⁰⁸ Basta con atemperar o revolucionar (G).

¹⁰⁹ Esto no es necesario cuando uno los ha revolucionado y, diciéndoles que son libres, los tiene firmemente bajo su mando (G).

Capítulo VI

De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal

Nadie se asombre de que, al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, traiga yo a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás¹¹⁰. Y aunque no es posible seguir exactamente el mismo camino ni alcanzar la perfección del modelo, todo hombre prudente debe entrar en el camino seguido por los grandes e imitar a los que han sido excelsos, para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque¹¹¹; y hacer como los arqueros experimentados, que, cuando tienen que dar en blanco muy lejano, y dado que conocen el alcance de su arma, apuntan por sobre él, no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de mira tan elevada¹¹².

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según que sea más o menos hábil el príncipe que los adquiere. Y dado que el hecho de que un hombre se convierta de la nada en príncipe presupone necesariamente talento o suerte¹¹³, es de creer que una u otra de estas dos cosas allana, en parte, muchas dificultades. Sin embargo, el que menos ha confiado en el azar es siempre el que más tiempo se ha conservado en su conquista. También facilita enormemente las cosas el que un príncipe, al no poseer otros Estados, se vea obligado a establecerse en el que ha adquirido. Pero quiero referirme a aquellos que no se convirtieron en príncipes por el azar, sino por sus virtudes¹¹⁴. Y digo entonces que entre ellos, los más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros no menos grandes. Y aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios¹¹⁵. Pero también son

¹¹⁰ Podré, por cierto, a veces hacerte mentir (G).

¹¹¹ Pasé por esto (G).

¹¹² Haré ver que, aparentando asestar más abajo, se puede llegar allá fácilmente (G).

¹¹³ El valor es más necesario que la fortuna: él la hace nacer (G).

¹¹⁴ Esto mira a mí (G).

¹¹⁵ No aspiro a tanta altura, sin la que me paso (G).

admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos¹¹⁶; y si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, que fue el material al que ellos dieron la forma conveniente¹¹⁷. Verdad es que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido; pero también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentara¹¹⁸. Fue, pues, necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su sojuzgar miento, se dispusiera a seguirlo¹¹⁹. Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su patria¹²⁰. Ciro tuvo que ver a los persas descontentos de la dominación de los medas, y a los medas flojos e indolentes como consecuencia de una larga paz¹²¹. No habría podido Teseo poner de manifiesto sus virtudes sino hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses¹²². Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que estos hombres realizaran felizmente sus designios, y, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias¹²³. Los que, por caminos semejantes a los de aquéllos, se convierten en príncipes adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las dificultades nacen en parte de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y proveer a su seguridad¹²⁴. Pues debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender, ni más dudoso de hacer triunfar, ni más peligroso de manejar, que el introducir nuevas leyes¹²⁵. Se explica: el innovador se transforma en enemigo de todos los que se beneficiaban con las leyes antiguas¹²⁶, y no se granjea sino la amistad tibia de los que se beneficiarán con las nuevas. O Tibieza en éstos, cuyo origen es, por un lado, el temor a los que

¹¹⁶ Aumentaré esta lista (G).

¹¹⁷ No me es necesario más. Ella vendrá; estemos dispuestos a cogerla (G).

¹¹⁸ El valor ante todo (G)

¹¹⁹ Es la condición y la situación actual de los franceses (G)

¹²⁰ Mi benéfica loba estuvo en Briene. ¡Rómulo, te eclipsarán! (G).

¹²¹ ¡Quita allá! (G).

¹²² ¡Pobre héroe! (G).

¹²³ Bastaría su punta de sabiduría hoy en día! (G)

¹²⁴ Se logra esto con alguna astucia (RC).

¹²⁵ ¿No sabe tener uno, pues, a sus órdenes, algunos maniqués legislativos? (G).

¹²⁶ Sabré inutilizar su actividad (G).

tienen de su parte a la legislación antigua, y por otro, la incredulidad de los hombres, que nunca fían en las cosas nuevas hasta que ven sus frutos¹²⁷. De donde resulta que, cada vez que los que son enemigos tienen oportunidad para atacar, lo hacen enérgicamente, y aquellos otros asumen la defensa con tibieza, de modo que se expone uno a caer con ellos¹²⁸. Por consiguiente, si se quiere analizar en esta parte, es preciso ver si esos innovadores lo son por sí mismos, o si dependen de otros; es decir, si necesitan recurrir a la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza. En el primer caso, fracasan siempre, y nada queda de sus intenciones¹²⁹, pero cuando sólo dependen de sí mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, entonces rara vez dejan de conseguir sus propósitos. De donde se explica que todos los profetas armados hayan triunfado^{130, 131}, y fracasado todos los que no tenían armas¹³². Hay que agregar, además, que los pueblos son tornadizos; y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción¹³³, por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza¹³⁴. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo si hubiesen estado desarmados. Como sucedió en nuestros tiempos a fray Jerónimo Savonarola, que fracasó en sus innovaciones en cuanto la gente empezó a no creer en ellas, pues se encontró con que carecía de medios tanto para mantener fieles en su creencia a los que habían creído como para hacer creer a los incrédulos. Hay que reconocer que estos revolucionarios tropiezan con serias dificultades, que todos los peligros surgen en su camino y que sólo con gran valor pueden superarlos¹³⁵; pero vencidos los obstáculos, y una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, ¡viven poderosos, seguros, honrados y felices!¹³⁶

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda

¹²⁷ El buen hombre no sabía como uno se proporciona entonces acalorados defensores, que hacen desistir a los otros (RC).

¹²⁸ Esto no sucede más que a los pueblos algo sabios y que conservan todavía alguna libertad (RC).

¹²⁹ Estoy a cubierto de todo ello (RC).

¹³⁰ La fuerza es la clave de que todo salga bien (Cristina de Suecia.)

¹³¹ Los oráculos son entonces infalibles (G).

¹³² Cosa ninguna más natural (G).

¹³³ Me tienen ellos hoy en día, especialmente después del testimonio del papa, por un pío restaurador de la religión y un enviado del cielo (RC).

¹³⁴ Tendré siempre medios para ello (RC).

¹³⁵ Esto no me crea obstáculos (G).

¹³⁶ Este último punto no está todavía bien en claro para mí y debo contentarme con los otros tres (RI).

cierta proporción con aquéllos y que servirá para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa¹³⁷, que de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán, y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe¹³⁸. Y a pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes, que quien ha escrito de él ha dicho: «*Quod, nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*»¹³⁹,¹⁴⁰ Licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así, rodeado por soldados y amigos adictos, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso; y lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar¹⁴¹.

¹³⁷ No ha salido él nunca de mi pensamiento, desde los estudios de mi niñez. Era de un país inmediato al mío y soy quizá de la misma familia (G).

¹³⁸ Con alguna ayuda, sin duda. Héteme aquí como él (RC).

¹³⁹ Justino: "Que nada le faltaba para reinar sino el reino."

¹⁴⁰ Mi madre dijo a menudo lo mismo de mí, y la amo a causa de sus propósitos (RI).

¹⁴¹ Es de buen augurio (RI).

Capítulo VII

De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo¹⁴², pero no mantienen sino con muchísimo¹⁴³. Las dificultades no surgen en su camino, porque tales hombres vuelan, pero se presenta una vez instalados¹⁴⁴. Me refiero a los que compran un Estado o a los que lo obtienen como regalo, tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos partícipes por Darío a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria¹⁴⁵ y como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna -cosas ambas mudables e inseguras de quienes los elevaron; y no saben ni pueden conservar aquella dignidad¹⁴⁶: No saben porque, si no son hombres de talento y virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos¹⁴⁷; no pueden porque carecen de fuerzas que puedan serles adictas y fieles¹⁴⁸. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto, como todas las cosas de la naturaleza, que brotan y crecen precozmente, no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso¹⁴⁹; salvo que quienes se han convertido en forma tan súbita en príncipes se pongan a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos, y sepan prepararse inmediatamente para conservarlo, y echen los cimientos que cualquier otro echa antes de llegar al principado¹⁵⁰.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe, por méritos o por suerte¹⁵¹, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza

¹⁴² Como tontos que se dejan llevar y no saben hacer nada por sí mismos (G).

¹⁴³ Es imposible (E).

¹⁴⁴ Todo debe ser obstáculo para gente de esta categoría (E).

¹⁴⁵ Los aliados no llevaron más mira que ésta (E).

¹⁴⁶ Hay otros muchos que se hallan en este caso (E).

¹⁴⁷ Como simple particular y lejos de los Estados en que uno es exaltado: es lo mismo (E).

¹⁴⁸ En esto los aguardo (E).

¹⁴⁹ Por más ilustre suerte que se haya tenido al nacer, cuando uno ha vivido 23 años en la vida privada, como en familia, lejos de un pueblo cuya indole ha sido mudada casi por completo, y es transportado después de repente a él en alas de la fortuna y por manos extranjeras para reinar allí, se halla en un Estado nuevo de la especie de los que menciona Maquiavelo. Los antiguos prestigios morales de convención se han interrumpido allí muy largamente, para existir de otro modo que de nombre. Este oráculo es más seguro que el de Calchas (E).

¹⁵⁰ Yo había echado los míos antes de serlo (E)

¹⁵¹ Mi caso y el de ellos (E)

y el de César Borgia. Francisco, con los medios que, correspondían y con un gran talento, de la nada se convirtió en duque de Milán¹⁵², y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado duque Valentino por el vulgo, adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con la de éste lo perdió, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables y de haber hecho todo lo que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigar en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos¹⁵³. Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento¹⁵⁴, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio¹⁵⁵. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza¹⁵⁶, y creo que no es superfluo hablar de ello¹⁵⁷, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él. Que si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte¹⁵⁸.

Para hacer poderoso al duque, su hijo, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; y sabía, por otra parte, que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que desmembrase los territorios de la Iglesia¹⁵⁹ porque ya Faenza y Rímíni estaban bajo la protección de los venecianos. Y después veía que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa; y mal podía fiarse de tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover aquel estado de cosas y desorganizar aquellos territorios¹⁶⁰ para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos¹⁶¹. Lo que le fue fácil,

¹⁵² ¿A quién me asemejo más? ¡Excelente augurio! (RC).

¹⁵³ A menudo bien, algunas veces mal (G).

¹⁵⁴ Talento para reinar, se entiende. Los otros talentos no son más que sobresalientes insulseces (E).

¹⁵⁵ Especialmente cuando no los forma uno más que a tientas, con timidez... (E)

¹⁵⁶ ¿Mejor que yo? Es difícil (G)

¹⁵⁷ Quisiera yo, ciertamente, que no lo hubieras dicho a otros más que a mí. Pero no saben leerlo, lo que es lo mismo (G).

¹⁵⁸ Tengo que quejarme de ella, pero la corregiré (E).

¹⁵⁹ ¿Saldré yo mejor de un mayor obstáculo de esta especie, para dar reinos a mi José, a mi Jerónimo...? En cuanto a Luis, será si queda alguno del que yo no sepa qué hacer (RE). Llevaba yo mucha razón en vacilar tocante a éste. ¡Pero el ingrato, cobarde y traidor Joaquín!.. El reparará sus faltas (E).

¹⁶⁰ El Alejandro con tiara no me reconocería más que el Alejandro con casco (RI).

¹⁶¹ ¡Su parte! Es poquísimo para mí (RI).

porque los venecianos, movidos por otras razones¹⁶², habían invitado a los franceses a volver a Italia: lo cual no sólo no impidió, sino facilitó con la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos^{163, 164} y el consentimiento de Alejandro. Y no había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque, y derrotados los Colonna; se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante: uno, sus tropas, que no le parecían adictas; el otro, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso, y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado; y otro tanto temía del rey¹⁶⁵. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y entonces decidió no depender más de la fortuna y las armas ajenas¹⁶⁶. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran adictos¹⁶⁷, a los cuales señaló crecidos sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que en pocos meses el afecto que tenían por aquéllos se volvió por entero hacia el duque¹⁶⁸. Después de lo cual, y dispersados que hubo a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini¹⁶⁹. Oportunidad que se presentó y que él aprovechó mejor. Los Orsini, que se presentó bien y que él aprovechó mejor. Los Orsini que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaba su ruina, celebraron una reunión en Magione, en el territorio de Perusa, de la que

¹⁶² He sabido dar origen a otras más dignas de mí y de mi siglo y más de mi conveniencia (RI).

¹⁶³ La prueba que hice ya, cediendo el ducado de Urbino para lograr la firma del concordato, me convence de que en Roma, como en otras partes, hoy en día como entonces, una mano lava la otra, y esto promete (RC).

¹⁶⁴ Los genoveses me abrieron las puertas de Italia con la loca esperanza de que sus inmensas rentas sobre Francia se pagarían sin reducción: ¿Quid non cogit auri sacra fames? Ellos, al menos, tendrán siempre mi simpatía con preferencia a los otros italianos (RC).

¹⁶⁵ Caro me ha costado el no haber tenido igual desconfianza con respecto a mis favorecidos de Alemania (E).

¹⁶⁶ ¡Por que no pude hacer de otro modo! (E)

¹⁶⁷ Mis Colonna son los realistas; mis Orsini, los Jacobinos, y mis nobles serán los jefes de unos y otros (G).

¹⁶⁸ Había empezado yo todo esto ya en parte, aun antes (le llegar al consulado, en que me fue bien con haber completado, al punto todas estas operaciones (RI).

¹⁶⁹ La he liallacio en el senadoconsulto de la maquinación infernal de nivoso y en mi maquinación de Arena y Topino en la ópera (RC).

nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales atravesó el duque¹⁷⁰; pero éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses¹⁷¹. Y restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de las demás fuerzas extranjeras, y que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia; y supo disimular tan bien sus propósitos¹⁷², que los Orsini, por intermedio del señor Paulo, a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos, se reconciliaron inmediatamente, hasta tal punto, que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia¹⁷³. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos¹⁷⁴, el duque tenía construido sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña y el ducado de Urbino y cuando se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, a los cuales empezaba a gustar el bienestar de su gobierno¹⁷⁵.

Y porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no pasarla por alto¹⁷⁶. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos que antes despojaban a sus súbditos que los gobernaban¹⁷⁷, y que más les daban motivos de desunión que de unión¹⁷⁸, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes¹⁷⁹ juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo¹⁸⁰. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes¹⁸¹. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión¹⁸². Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad¹⁸³, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia, bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual

¹⁷⁰ Vi otros parecidos... Pichegru, Mallet. De todos triunfé sin necesitar de los extranjeros (RI).

¹⁷¹ Lo hice sin necesitar de ninguno (RI).

¹⁷² Qui nescit dissimulare, nescit regnare. Luis XI no sabía bastante; debía decir: Qui nescit fallere, nescit regnare (RI).

¹⁷³ Lo que quedaba contra mí de más formidable entre mis Colonna y Orsini no se escapó mejor (RI)

¹⁷⁴ Creo haber hecho bien una y otra cosa (RI).

¹⁷⁵ Había conocido Francia 20 años atrás el orden de que roza hoy y que sólo mi brazo podía restablecer (RI).

¹⁷⁶ Ella es mil veces más provechosa para los pueblos que lo que es odiosa a algunos forjadores de frases (RI).

¹⁷⁷ Como los artífices de Repúblicas francesas (RC).

¹⁷⁸ Como en la Francia republicana (RC).

¹⁷⁹ Enteramente como en Francia, antes que yo reinara en ella (RC).

¹⁸⁰ ¿No es lo que hice? Había necesidad de firmeza y dureza para reprimir la anarquía (RI).

¹⁸¹ F..., serás mi Orco (RC).

¹⁸² No necesitaba yo de ti para esto (RI).

¹⁸³ Por esto suprimo tu ministerio y te agrego a la jubilación de mi senado (RC).

cada ciudadano tenía su abogado¹⁸⁴. Y como sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no se debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro¹⁸⁵. Y llegada la ocasión¹⁸⁶, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena, dividido en dos pedazos clavados en un palo y con un cuchillo cubierto de sangre al lado¹⁸⁷. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto. Pero volvamos al punto de partida. Encontrábase el duque bastante poderoso y a cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse atinado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato, pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto de rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, y a mostrarse indeciso¹⁸⁸ con los franceses cuando éstos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro hubiese vivido aún, su propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse¹⁸⁹.

Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los futuros, tenía sobre todo que evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro le había dado¹⁹⁰. Y pensó hacerlo por cuatro medios distintos¹⁹¹:

- primero, exterminando a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado, para que el papa no tuviera oportunidad de restablecerlos¹⁹².
- Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma, para oponerse, con su ayuda, a los designios del papa.
- Tercero, reduciendo el Colegio¹⁹³ a su voluntad, hasta donde pudiese.

¹⁸⁴ El crear una comisión senatorial de la libertad individual que, sin embargo, no hará más que lo que yo quiera (RI).

¹⁸⁵ Ninguno está más condenado que él por la opinión pública a ser mi chivo emisario (RI).

¹⁸⁶ Rabio de no poder hacerlo caer en desgracia sin inutilizarle (RI).

¹⁸⁷ Buen tiempo aquél, en que se podían hacer estos castigos que él hubiera hallado meritorios (RI).

¹⁸⁸ Bien y muy bien obrado (RC).

¹⁸⁹ Estos malditos "sí" me impacientan (RC).

¹⁹⁰ Es menester prever estos contratiempos (RC).

¹⁹¹ Grandemente bien hallados (RC).

¹⁹² No faltes a esto cuando puedas y haz de modo que lo puedas (RC)

¹⁹³ De los cardenales. (N. del T.)

- Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes que el papa muriese¹⁹⁴, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque.

De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, y la cuarta estaba por concluirla. Porque señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar, y muy pocos se salvaron¹⁹⁵; y contaba con nobles romanos ganados a su causa¹⁹⁶; y en el Colegio gozaba de gran influencia. Y por lo que toca a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse de Toscana, de la cual ya poseía a Perusa Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. Y en cuanto no tuviese que guardar más miramientos con los franceses (que de hecho no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del Reino por lo españoles, y que unos y otros necesitaban comprar su amistad¹⁹⁷, se echaría sobre Pisa. Después de lo cual Luca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos, y después por miedo al duque; y los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto (aunque fuera el mismo año de la muerte de Alejandro), habría adquirido tanto poder y tanta autoridad, que se hubiera sostenido por sí solo, y no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas¹⁹⁸, sino de su poder y de sus méritos¹⁹⁹.

Pero Alejandro murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un Estado afianzado: el de Romaña, y con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos, y enfermo de muerte²⁰⁰. Pero había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía como se gana y se pierde a los hombres, y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos, que, a no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban, o simplemente a haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Y si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes²⁰¹: y, aunque estaba medio muerto, nada

¹⁹⁴ Francisco II... (RI).

¹⁹⁵ No estoy todavía tan adelantado como él (RI).

¹⁹⁶ No he podido hacer todavía más que la mitad de esta maniobra: si vuol tempo... (RI).

¹⁹⁷ Supuesto que he atraído a esto a todos los príncipes de Alemania, pensemos en mi famoso proyecto del norte. Acaecerá lo mismo con resultados que ningún conquistador conoció (RI).

¹⁹⁸ Libre de toda condición semejante, iré mucho más lejos (RI).

¹⁹⁹ Conviene no conocer otra dependencia (RI).

²⁰⁰ Peor que peor para él; es menester saber no estar nunca enfermo y hacerse invulnerable en todo (RI).

²⁰¹ Como Francia me aguardó después de mis desastres de Moscú (E).

se intentó contra él²⁰², a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito; y si no hizo papa a quien quería, obtuvo por lo menos que no lo fuera quien él no quería que lo fuese²⁰³. Pero todo le hubiese sido fácil a no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro. El mismo me dijo, el día en que fue elegido Julio II, que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre, y para todo preparado remedio; pero que nunca había pensado que en semejante circunstancia él mismo podía hallarse moribundo²⁰⁴.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque; por el contrario, me parece que deben imitarlos todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas²⁰⁵. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición²⁰⁶. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro²⁰⁷. El príncipe nuevo²⁰⁸ que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o temer de los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos; el que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque²⁰⁹; Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo pontífice²¹⁰, porque, si bien no podía hacer nombrar a un papa adicto²¹¹, podía impedir que lo fuese este o aquel de los cardenales, y nunca debió consentir en que fuera elevado al Pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez

²⁰² Por más moribundo que estaba, hablando políticamente, en Smolensk, no tuve nada que temer de los míos (E).

²⁰³ No he tenido dificultad en esto. La sola noticia de mi desembarco en Frejus apartaba las elecciones que me hubieran sido contrarias (RC)

²⁰⁴ En resumidas (...) no pensar en ello cuando se quiere reinar gloriosamente. Este pensamiento hubiera helado mis más atrevidos proyectos (RI).

²⁰⁵ Son bien ignorantes los escritorillos que dijeron que él lo había propuesto a todos los príncipes aun a los que no se hallan ni pueden hallarse en el mismo caso. No conozco otro que yo en toda Europa a quien este modelo pudiera convenir (RI).

²⁰⁶ Lo que hice de análogo me lo imponía como una necesidad mi situación, y como una obligación por consiguiente (E).

²⁰⁷ Mis reveses dependen de causas análogas, sobre las que mi ingenio nada podía (E).

²⁰⁸ Esto es cuanto me es necesario (G).

²⁰⁹ Considero que soy un ejemplo, no sólo más fresco, sino también más perfecto y sublime (RI).

²¹⁰ Cabeza debilitada con su enfermedad (RI).

²¹¹ Le habría denuesto bien pronto, si se hubiera elegido contra mi gusto (RC).

papas, tuviesen que temerle²¹². Pues los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, San Pedro Advíncula, Colonna, San Giorgio y As-cagno²¹³; todos los demás, llegados al solio, debían temerle²¹⁴ salvo el de Ruán, dado su poder, que nacía del de Francia, y los españoles, ligados a él por afinidad de raza y obligaciones recíprocas²¹⁵, por consiguiente, el duque debía tratar ante todo de ungir papa a un español, y, a no serle posible, aceptar al cardenal de Ruán antes que a San Pedro Advíncula. Pues se engaña quien cree que entre personas eminentes los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas²¹⁶. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.

²¹² Todos, menos el que fue elegido, sabían o preveían que debían temerme (RC).

²¹³ Paso ya el tiempo en que podía temerse su resentimiento (RI).

²¹⁴ Mi solo nombre los hizo temblar y los haré traer como corderos al pie de mi trono (RC).

²¹⁵ ¡Bello motivo para contar con esta gente! Maquiavelo tenía muy buena fe (RI).

²¹⁶ Parecen olvidar cuando su pasión lo quiere, pero no nos fiemos de ello (RI).

Capítulo VIII

De los que llegaron al principado mediante crímenes

Pero puesto que hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud, corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento donde se trata de las repúblicas²¹⁷. Me refiero, primero, al caso en que se asciende al principado por un camino de perversidades y delitos²¹⁸; y después, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos²¹⁹. Con dos templos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraré el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos²²⁰.

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abyecta, se convirtió en rey de Siracusa²²¹. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida²²².²²³; sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico²²⁴, que entrando en la milicia llegó a ser, ascendiendo grado por grado, pretor de Siracusa²²⁵. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido²²⁶. Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia²²⁷, y una mañana reunió al pueblo y al Senado, como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la república, y a una señal convenida sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces y supo conservar como príncipe aquella ciudad, sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa²²⁸. Y

²¹⁷ Se lo dispenso (G).

²¹⁸ La expresión es duramente reprobatoria. ¿Qué importa el camino, con tal de que se llegue? Maquiavelo comete una falta al hacer de moralista sobre semejante materia (G).

²¹⁹ Puede aparentarlo siempre (G).

²²⁰ Discreción de moralista, muy intempestiva en materia de Estado (G).

²²¹ Este, vecino mío, corno Hierón, y de una época más cercana que la de él, también con mayor seguridad en la genealogía de mis ascendientes (G).

²²² Raramente se es malvado de alma y de corazón. (Cristina de Suecia.)

²²³ La constancia en esta especie es el más seguro indicio de mi genio determinado y atrevido (G).

²²⁴ El ánimo especialmente, que es lo esencial (G).

²²⁵ Llegaré a él (G)

²²⁶ Acuérdense por diez años el consulado; me lo haré ceder bien pronto como vitalicio, ¡y se verá! (G).

²²⁷ No necesito de semejante socorro, aunque sí de otros, sin embargo. Pero son fáciles de lograr (G).

²²⁸ ¡Véanse mi 18 brumario y sus efectos! Tiene la superioridad de un modo más amplio, sin ninguno de estos crímenes (RC).

aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, con el resto invadió el África; y en poco tiempo levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del África y a dejarle la Sicilia²²⁹. Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos, muy poco o nada encontrará que pueda atribuir a la suerte; no adquirió la soberanía por el favor de nadie, como he dicho más arriba, sino merced a sus grados militares, que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros²³⁰; y se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas²³¹. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder, pero no gloria²³². Pero si se examinan el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros y su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos²³³ no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos²³⁴. Sin embargo, su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número, no consienten que se lo coloque entre los hombres ilustres^{235, 236}. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra²³⁷.

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto, da Fermo²³⁸, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tíos maternos, llamado Juan Fogliani, y confiado después, en su primera juventud, a Pablo Vitelli, a fin de que llegase, gracias a sus enseñanzas, a ocupar un grado elevado en las armas²³⁹. Muerto Pablo, pasó a militar bajo Vitellozzo, su hermano; y en poco tiempo, como era inteligente y de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero

²²⁹ He conseguido mucho más. Agátocles no es más que un enano en comparación conmigo (RI).

²³⁰ A igual costo la he adquirido (RI).

²³¹ Hice mis pruebas en esta especie (RI).

²³² ¡Preocupaciones pueriles todo esto! La gloria acompaña siempre al acierto, de cualquier modo que suceda (RI).

²³³ ¿Los venció mejor que yo? (RI).

²³⁴ Dígnese exceptuarme (RI).

²³⁵ Al contrario, todos estos crímenes no significan que careciera de virtud y de suerte. (Cristina de Suecia.)

²³⁶ ¡Otra vez moral! El buen nombre de Maquiavelo carecía de audacia (RI).

²³⁷ Yo tenía el concurso de ambas en mi favor (RI).

²³⁸ ¡Astuto personaje! Me hizo concebir excelentes ideas desde mi niñez (G).

²³⁹ Reflexión republicano (G).

como le pareció indigno servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad a quienes era más cara la esclavitud que la libertad de su patria²⁴⁰. Escribió a Juan Fogliani diciéndole que, luego de tantos años de ausencia, deseaba ver de nuevo a su patria y a él, y, en parte, también conocer el estado de su patrimonio; y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos²⁴¹. Rogábale, pues, que tratase de que los ciudadanos de Fermo lo acogiesen de un modo honroso, que con ello no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo, ya que había sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino, y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al que invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Fermo²⁴². Después de consumir los manjares y de concluir con los entretenimientos que son de uso en tales ocasiones, Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la conversación, dando ciertos peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro y de César, su hijo; y como a esos argumentos contestaron Juan y los otros, se levantó de pronto diciendo que convenía hablar de semejantes temas en lugar más seguro, y se retiró a una habitación a la cual lo siguieron Juan y los demás ciudadanos. Y aun éstos no habían tomado asiento cuando de algunos escondrijos salieron soldados que dieron muerte a Juan y a todos los demás. Consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al magistrado supremo. Los ciudadanos no tuvieron entonces más remedio que someterse y constituir un gobierno del cual Oliverotto se hizo nombrar jefe²⁴³. Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él²⁴⁴, se preocupó por reforzar su poder con nuevas

²⁴⁰ Vaubois, fuiste mi Vitelli. Sé mostrarme agradecido en su oportunidad (G).

²⁴¹ ¡Travieso! Hay, en toda esta historia de Oliverotto, muchas cosas que sabré aprovechar cuando llegue el momento (G).

²⁴² Se asemejaba ello al famoso banquete de la Iglesia de San Sulpicio, que me hice ofrecer por los diputados a mi regreso de Italia, después de fructidor, mas la pera no estaba todavía madura (RC).

²⁴³ Perfeccioné bastante bien esta maniobra el 18 brumario, y sobre todo al día siguiente de Saint Cloud (RC).

²⁴⁴ Me bastaba, por de pronto, espantarlos, dispersarlos y hacerles huir. Era necesario sostener lo que había mandado decir a Barrás, solamente: que no me gustaba la sangre (RC)

leyes civiles²⁴⁵ y militares²⁴⁶ de manera que, durante el año que gobernó²⁴⁷, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que se hizo temer por todos los vecinos. Y habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia y prender, junto con los Orsini y los Vitelli, en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio²⁴⁸, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y crímenes²⁴⁹.

Podría alguien preguntarse a qué se debe que, mientras Agátocles y otros de su calaña, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, pudieron vivir durante mucho tiempo y a cubierto de su patria, sin temer conspiraciones, y pudieron a la vez defenderse de los enemigos de afuera, otros, en cambio, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su Estado en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz. Creo que depende del *bueno o mal uso que se hace de la crueldad*²⁵⁰. Llamaría bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se lo puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez²⁵¹ por absoluta necesidad de asegurarse²⁵² y cuando no se insiste en ellas²⁵³ sino, por el contrario, se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficiosas posible para los súbditos²⁵⁴. Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen²⁵⁵. Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con la ayuda de Dios y de los hombres, poner algún remedio a su situación; los otros es imposible que se conserven en sus Estados²⁵⁶. De donde se concluye que, al apoderarse de un Estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer, y ejecutarlos todos a

²⁴⁵ ¡Que acaben, pues, bien pronto ese Código Civil, al que quiero dar mi nombre! (RC)

²⁴⁶ Esto dependía enteramente de mí y he provisto a todo en forma cómoda y progresiva (RC).

²⁴⁷ Tonto que se deja quitar la vida con la soberanía (E).

²⁴⁸ Con esta palabra de reprobación aparenta Maquiavelo transformarle en un crimen. ¡Pobre hombre! (RC).

²⁴⁹ La gente bonachona dirá que Oliverotto lo tenía bien merecido y que Borgia había sido el instrumento de un justo castigo. Lo siento, sin embargo, por Oliverotto. Este episodio no sería de buen agüero para mí si hubiera en la tierra otro César Borgia que yo (RI).

²⁵⁰ Hay sin duda algunos males que se curan sólo con el hierro y el fuego. En política, como en cirugía, los cirujanos piadosos no curan ciertas llagas, sino que matan a los enfermos. (Cristina de Suecia.)

La consecuencia es justa, y el precepto de rigor (E).

²⁵¹ Si hubieran comenzado con esto, como Carlos II y otros muchos, estaba perdida mi causa. Todos contaban con ello: ninguno hubiera censurado; bien pronto el pueblo no hubiese pensado más en eso y me habría olvidado (E).

²⁵² Por fortuna, esto es lo que menos los ocupa (E).

²⁵³ Si se acaloran mucho tiempo en esta operación, van contra sus intereses. Cuando la memoria de la acción que debe castigarse ha envejecido, el que la castigue sólo parecerá un hombre genialmente cruel, porque lo que hace justo el castigo estará como olvidado (E).

²⁵⁴ Era fácil (E).

²⁵⁵ Este método, el único que les queda a los ministros, no puede menos de serme favorable (E).

²⁵⁶ Se verá bien pronto una nueva prueba de ello (E).

la vez²⁵⁷, para que no tenga que renovarlos día a día y, al no verse en esa necesidad, pueda conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. Quien procede de otra manera, por timidez²⁵⁸ o por haber sido mal aconseja²⁵⁹ se ve siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano²⁶⁰, y mal puede contar con súbditos a quienes sus ofensas continuas y todavía recientes llenan de desconfianza. Porque las ofensas deben inferirse de una sola vez para que, durando menos, hieran menos²⁶¹; mientras que los beneficios deben proporcionarse poco a poco; a fin de que se saboreen mejor^{262, 263}. Y, sobre todas las cosas, un príncipe vivirá con sus súbditos de manera tal, que ningún acontecimiento, favorable o adverso, lo haga variar²⁶⁴; pues la necesidad que se presenta en los tiempos difíciles y que no se ha previsto, tú no puedes remediarla²⁶⁵; y el bien que tú hagas ahora de nada sirve²⁶⁶ ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.

²⁵⁷ Se verá bien pronto una nueva prueba de ello (E).

²⁵⁸ Todo lo que se hace por timidez está mal hecho. (Cristina de Suecia.)

²⁵⁹ Una y otra causa de ruina están a su lado; la segunda esta casi toda a mi disposición (E).

²⁶⁰ Cuando se lo permiten (E).

²⁶¹ Los que, empezados muy tarde, se inician tímidamente, probándose sobre los más débiles, hacen clamar y rebelarse a los más fuertes. Aprovechémonos de ello (E).

²⁶² Es necesario hacerse temer y amar. Este el único secreto. (Cristina de Suecia.)

²⁶³ Cuando los derraman a manos llenas, los recogen muchos que son indignos, y no los agradecen los otros (E)

²⁶⁴ ¡Y parece que uno está sobre un eje! (E).

²⁶⁵ Lo experimentarán (E).

²⁶⁶ Y entonces, por más que se dé y se prometa, no servirá de nada, porque el pueblo permanece naturalmente con indiferencia ante quien cae por dilapidador y falto de previsión (E).

Capítulo IX

Del principado civil

Trataremos ahora del segundo caso: aquel en que un ciudadano, no por crímenes ni violencia²⁶⁷, sino gracias al favor de sus compatriotas, se convierte en príncipe. El Estado así constituido puede llamarse *principado civil*. El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte; depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna²⁶⁸, y que necesita, o bien del apoyo del pueblo, o bien del de los nobles²⁶⁹. Porque en toda ciudad se encuentran estas dos fuerzas contrarias una de las cuales lucha por mandar y oprimir a la otra que no quiere ser mandada ni oprimida. Y del choque de las dos corrientes surge uno de estos tres efectos: o principado, o libertad, o licencia.

El principado pueden implantarlo tanto el pueblo como los nobles, según que la ocasión se presente a uno o a otros. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo²⁷⁰, concentran toda la autoridad e uno de ellos²⁷¹ y lo hacen príncipe²⁷² para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a lo grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda²⁷³. Pero el que llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad que el que ha llegado mediante el apoyo del pueblo²⁷⁴ porque los que lo rodean se consideran sus iguales²⁷⁵ y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que el que llega por el favor popular²⁷⁶ es única autoridad, y no tiene en derredor a nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecer²⁷⁷. Por otra parte, no

²⁶⁷ Es lo que querría, pero es cosa difícil (G).

²⁶⁸ Este recurso no está, sin embargo, fuera de mi alcance y me ha servido ya con bastante acierto (G).

²⁶⁹ Trataremos, por lo menos, de reunir las apariencias de uno y de otros (G).

²⁷⁰ Es la situación del partido directorial; valgámonos de él para aumentar mi consideración en el concepto del pueblo (G).

²⁷¹ Se verán arrasados (G).

²⁷² Acepto este vaticinio (G).

²⁷³ Le haremos trabajar en este sentido a fin de que, por un motivo totalmente opuesto, se dirija al mismo fin que los directoriales (G).

²⁷⁴ Aparentaré haberla conseguido sólo por él y para él (G).

²⁷⁵ Me han estorbado siempre con crueldad (E).

²⁷⁶ Porque no pude acertar a hacer creer que me hallaba en este caso. Me compondré para parecerlo mejor a mi regreso (E).

²⁷⁷ Y, sin embargo, los había atraído a este punto (E).

puede honradamente satisfacer a los grandes sin lesionar a los demás²⁷⁸; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo estos oprimir, y aquél no ser oprimido.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá dominar a un pueblo cuando lo tenga por enemigo, porque son muchos los que lo forman; a los nobles, como se trata de pocos, le será fácil. Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es el ser abandonado por él; de los nobles, si los tiene por enemigos, no sólo debe temer que lo abandonen, sino su se rebelen contra él; pues, más astutos y clarividentes siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez los que no dejan nunca de congratularse con el que es esperan resultará vencedor²⁷⁹. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho²⁸⁰.

Para aclarar mejor esta parte en lo que se refiere los grandes, digo que se deben considerar en dos aspectos principales: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte, o no. A aquellos que se unen y no son rapaces²⁸¹ se les debe honrar y amar; a aquellos que no se unen, se les tiene que considerar de dos maneras: si hacen esto por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, entonces tú debes servirte en especial de aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer²⁸²; pero cuando no se unen sino por cálculo y por ambición es señal de que piensan más en sí mismos que en ti, y de ellos se debe cuidar el príncipe y temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina²⁸³.

²⁷⁸ Los míos eran insaciables. Estos hombres de revolución no tienen jamás bastante. No la hicieron más que para enriquecerse, y su codicia crece con sus adquisiciones. Si se anticipan al partido que va a triunfar y le favorecen, es sólo para tener sus favores. Después, destruirán al que hayan elevado, cuando la no tenga más que darles, porque querrán recibir siempre. Siempre habrá el mayor peligro en servirse de tales partidarios. Pero ¿cómo pasarse sin ellos? ¡Especialmente yo, que carezco de otro apoyo! ¡Ah, si tuviera el título de sucesión al trono, estos hombres no podrían venderme ni perjudicarme! (E).

²⁷⁹ ¿Cómo no preví que estos ambiciosos, siempre prontos a anticiparse al curso de la fortuna, me abandonarían y aún me entregarían una vez que estuviera en la adversidad? Harán otro tanto en mi favor, contra él, en cuanto me vean en posición cómoda, pero listos para volver a empezar contra mí, oportunamente, si llego a vacilar. ¡Por que no pude formar grandes hombres nuevos! (E).

²⁸⁰ Esto no es muy fácil; por lo menos, no tanto como yo quisiera y debiera hacerlo. Lo tenté con respecto a... y a F...; ellos fueron más peligrosos a raíz de esto. El primero me entregó; el segundo, de quien necesito, ha permanecido sin definirse, pero lo tendremos de un modo u otro (E).

²⁸¹ No tengo casi ninguno de esta especie (RI).

²⁸² No tengo mal de esta índole (RI)

²⁸³ No habla conocido bien esta verdad; el éxito me la ha hecho comprender con dureza. ¿Podré aprovecharme de ello en lo venidero? (E).

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, lo que sólo le será fácil si lo toma bajo su protección²⁸⁴. Y dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo esperaban mal²⁸⁵, se somete el pueblo más a su bienhechor que si lo hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras, que no mencionaré porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo²⁸⁶, pues de lo contrario no tiene remedio en la adversidad²⁸⁷.

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto, y le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender contra aquéllos su patria y su Estado, que si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Y que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio de que *quien confía en el pueblo edifica sobre arena*²⁸⁸; porque el proverbio sólo es verdadero cuando se trata de un simple ciudadano que confía en el pueblo como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen. Quien así lo interpretara se engañaría a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali en Florencia. Pero si es un príncipe quien confía en él, y un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad y mantiene con su ánimo y sus medidas el ánimo de todo su pueblo, no sólo no se verá nunca defraudado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza^{289, 290}.

Estos principados peligran, por lo general, cuando quieren pasar el principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa,

²⁸⁴ Procuraré hacerlo creer (G).

²⁸⁵ Necesito, sin embargo, fuertes contribuciones y numerosos soldados (RC).

²⁸⁶ Este era mi lado flaco (C).

²⁸⁷ Me lo han dado a conocer cruelmente (C).

²⁸⁸ Sí y sí, cuando el pueblo no es más que arena (C).

²⁸⁹ Es dudoso y sólo resulta cierto cuando se es él más fuerte. (Cristina de Suecia.)

²⁹⁰ De todo esto sólo me faltó la ventaja de ser amado por el pueblo y sin embargo... Pero el hacerse amar en la situación en que me hallaba, con las necesidades que tenía era muy difícil (C).

porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan el cargo de magistrados, los cuales, y sobre todo en épocas adversas pueden arrebatarle muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos²⁹¹. Y el príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir nada más que de los magistrados, no están en semejantes trances dispuestos a obedecer las suyas²⁹². Y no encontrará nunca, en los tiempos dudosos, gentes en quien poder confiar²⁹³, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado, y corren y prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana²⁹⁴; pero en los tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieran acudir en su ayuda. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que no puede intentarse sino una vez²⁹⁵. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre y en toda ocasión tengan necesidad del Estado y de él²⁹⁶. Y así le serán siempre fieles²⁹⁷.

²⁹¹ Se va a ver como sucede (E).

²⁹² Cuento con éste (E).

²⁹³ ¿En dónde las hallará? (E).

²⁹⁴ No lo vislumbran en esas protestas de amistad y cartas de congratulación que los tranquilizan. ¡No saben, pues, todavía, como se produce esto! (E).

²⁹⁵ Si saliera bien del apuro la primera vez, me desquitaría con ventaja, en cuanto pudiera, por mí o por otro (E).

²⁹⁶ No se piensa nunca bastante en esta verdad (E).

²⁹⁷ En este mundo no se pueden pasar los unos sin los otros. Muy rara, vez es imprescindible fiarse de alguien, a menudo es imprescindible aparentar que uno se fia. (Cristina de Suecia.)

Capítulo X

Como deben medirse las fuerzas de todos los principados

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, hacer una consideración más, a saber: si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo²⁹⁸, o si tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros²⁹⁹. Y para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quienquiera que se atreva a atacarlos³⁰⁰; y considero que tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderlos³⁰¹. Del primer caso ya se ha hablado, y se agregará más adelante lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residan y que se despreocupen de la compañía³⁰². Quien tenga bien fortificada su ciudad, y con respecto a sus súbditos se haya conducido de acuerdo con lo ya expuesto y con lo que expondré más adelante, difícilmente será asaltado; porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, y no puede reputarse por fácil el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por el pueblo³⁰³. Las ciudades de Alemania son libérrimas; tienen poca campaña, y obedecen al emperador cuando les place³⁰⁴, pues no le temen, así como no temen a ninguno de los poderosos que las rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio sería arduo y prolongado³⁰⁵. Tienen muros y fosos adecuados, tanta artillería como necesitan, y guardan en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuego durante un año³⁰⁶; aparte de lo cual, y para poder

²⁹⁸ Como Francia con las conscripciones, embargos, etc. (G)

²⁹⁹ No vale nada (G).

³⁰⁰ Con mayor razón cuando pueden atacar y hacer temblar a todos los otros (G).

³⁰¹ ¡Triste cosa! No la querría yo (G).

³⁰² Esto no me incumbe (G).

³⁰³ Me he encontrado, sin embargo, en este caso; pero me aprovecharé de la primera ocasión para fortificar mi capital, sin que adivinen el verdadero motivo (E).

³⁰⁴ Son venales. (Cristina de Suecia.)

³⁰⁵ Bueno para el tiempo pasado. Además, no se trata aquí de agresores franceses (G).

³⁰⁶ ¿Qué plaza resistirá tanto tiempo si es atacada en forma sin ser socorrida? (Cristina de Suecia).

mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares, que reglamentan con infinidad de ordenanzas³⁰⁷.

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte, y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible que alguien permanezca con sus ejércitos un año sitiando ociosamente una ciudad³⁰⁸. Y al que me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, y el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, ya dando esperanza a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo, o ya asegurándose diestramente de los que le parezcan demasiado osados³⁰⁹. Añadiremos a esto que es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, que es cuando los ánimos están más caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse, porque, pasados algunos días, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno. Los súbditos se unen por el lo más estrechamente a su príncipe, como si el haber sido incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones en defensa del señor obligara a éste a protegerlos³¹⁰. Está en la naturaleza de los hombres el quedar reconocidos lo mismo por los beneficios que hacen que por los que reciben. De donde, si se considera bien todo, no será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios de defensa³¹¹.

³⁰⁷ ¿De qué sirvieron estas precauciones contra nuestro ardor en Alemania y Suiza? (RC).

³⁰⁸ No ando rondando un año, sin hacer nada, bajo los muros ajenos (RC).

³⁰⁹ El mejor y aun el único medio es contenerlos a todos por igual empleando el terror; oprimidos, y no se sublevaran ni osarán respirar (RI).

³¹⁰ Sea o no así, me da lo mismo. No lo necesito (RI).

³¹¹ Con qué defenderse, que es lo esencial (RI).

Capítulo XI

De los principados eclesiásticos

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren o por valor o por suerte, y se conservan sin el uno ni la otra, dado que se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan³¹².

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan³¹³. Y los Estados, a pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, a pesar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrán sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices³¹⁴. Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, y como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos³¹⁵. Sin embargo, si alguien me preguntase a qué se debe que la Iglesia haya llegado a adquirir tanto poder temporal, ya que antes de Alejandro³¹⁶, no sólo las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores de menor importancia respetaban muy poco su fuerza temporal³¹⁷, mientras que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia, y aun pudo arrojarlo de Italia, y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas³¹⁸.

Antes que Carlos, rey de Francia, entrase en Italia, esta provincia estaba bajo la dominación del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como

³¹² ¡Ah!, si yo pudiera en Francia convertirme en Augusto y supremo pontífice de la religión (G).

³¹³ Todos los príncipes de hoy son eclesiásticos en este sentido. Toda Italia se halla en esta situación, y también gran parte de Europa. (Cristina de Suecia.)

³¹⁴ ¿Es posible ser más desdichado de lo que lo son los pueblos del Estado eclesiástico bajo Inocencio XI? (Cristina de Suecia.)

³¹⁵ Esta ironía merecía, por cierto, todos los rayos espirituales de la potestad temporal del Vaticano (G)

³¹⁶ Alejandro VI fue un gran papa, a pesar de lo que se diga. (Cristina de Suecia.)

³¹⁷ Hoy ya no se teme ni al poder temporal ni el espiritual. (Cristina de Suecia.)

³¹⁸ Entiendes mal los intereses de tu reputación, y la corte de Roma no te perdonará esta historia indiscreta (G).

se hizo para la defensa de Ferrara³¹⁹. Para contener al papa, bastaban los nobles romanos, que, divididos en dos facciones, los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del pontífice, con lo cual la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante³²⁰. Y aunque alguna vez surgiese un papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones. Y si, por ejemplo, un papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían éstos bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; por todo lo cual las fuerzas temporales del papa eran poco temidas en Italia³²¹. Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún pontífice, de cuánto era capaz un papa con fuerzas y dinero³²²; pues tomando al duque Valentino por instrumento, y la llegada de los franceses como motivo, hizo todas esas cosas que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Y aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto que lo que realizó redundó en beneficio de la Iglesia, la cual, después de su muerte y de la del duque, fue heredera de sus fatigas. Lo sucedió el papa Julio, quien, con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña, con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro³²³, y abierto el camino para procurarse dinero, cosa que nunca había ocurrido antes de Alejandro, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó; y después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia³²⁴, lo llevó a cabo con tanta más gloria cuanto que lo hizo para engrandecer la Iglesia y no a ningún hombre. Dejó las facciones Orsini y Colonna en el mismo estado en que las encontró³²⁵; y aunque ambas tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietas por dos razones: primero por la grandeza de la Iglesia, que los atemorizaba, y después, por

³¹⁹ Segunda guerra contra el ducado de Ferrara (1510-12), en la que participaron, coligados, el papa, España, Inglaterra y los venecianos. El duque de Ferrara, a quien en esa ocasión ayudaron los franceses, fue vencido y despojado de la mayor (...)

³²⁰ Juiciosas reflexiones dignas de meditarse (G).

³²¹ Lo mismo hago (G).

³²² En su tiempo y país (G).

³²³ Me hubiera gustado poder hacer lo mismo en Francia (G).

³²⁴ He aquí lo que se llama obrar como grande hombre (C).

³²⁵ Es lo único que me conviene hacer en Francia (RC).

carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Que de nuevo se repetirán toda vez que tengan cardenales³²⁶ que los representasen, pues éstos fomentan dentro y fuera de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las disensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de los prelados³²⁷. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León una Iglesia potentísima; y se puede esperar que así como aquéllos la hicieron grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable por su bondad y sus mil otras virtudes.

³²⁶ No haría mal en tener allí muchos cardenales que me debieran su birrete encarnado (RC).

³²⁷ Me valdré de ella para el triunfo de la mía (RC).

Capítulo XII

De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados de los cuales me había propuesto tratar, y de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos quisieron adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los Estados a que me he referido.

Ya he explicado antes como es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque, de lo contrario, fracasaría inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; y como aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y como allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que un príncipe defiende sus Estados son propios, mercenarios, auxiliares o mixtos. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas³²⁸; y el príncipe cuyo gobierno descansa en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres; de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra; pero en cuanto la guerra sobreviene, o huyen o piden la baja³²⁹. Poco me costaría probar esto, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias, que hicieron al principio, y gracias a ciertos jefes, algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que demostraron lo que valían en cuanto aparecieron a la vista

³²⁸ Cuando uno no tiene tropas propias o cuando las mercenarias o auxiliares son más numerosas, es evidente (G).

³²⁹ Exceptuó, sin embargo, a los suizos (E).

ejércitos extranjeros. De tal suerte que Carlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Y los que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados, decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados que imaginaban, sino de los que he expuesto. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo³³⁰.

Quiero dejar mejor demostrada la ineficacia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son; no se puede confiar en ellos si lo son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe³³¹; y mucho menos si no lo son³³², pues con toda seguridad llevarán al príncipe a la ruina. Y a quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado, el príncipe debe dirigir las milicias en persona y hacer el oficio de capitán³³³; y en las repúblicas, un ciudadano; y si el ciudadano nombrado no es apto, se lo debe cambiar; y si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes³³⁴. La experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, y que las armas mercenarias sólo acarrearán daños³³⁵. Y es más difícil que un ciudadano someta a una república que está armada con armas propias³³⁶ que una armada con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armadas. Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias. De las armas mercenarias de la antigüedad son un ejemplo los cartagineses, los cuales estuvieron a punto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, después de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filipo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de la victoria. Los

³³⁰ En tiempos del buen hombre cualquier falta, ya política, ya moral, se llamaba pecado, y no era más indulgente con las faltas de los estadistas que lo que lo son hoy los jansenistas con los pecado del vulgo (G).

³³¹ Ejército formados por un predecesor enemigo, y que sólo están realmente a vuestro servicio porque les pagáis, no son más que mercenarios (E).

³³² Ellos le tienen entre sus fieles (E).

³³³ Lo sé; ellos deberían saberlo. Pero ¿lo puede él? (E).

³³⁴ No hay decreto ni orden que pueda estorbarle. No se hace la ley, sino que él la da (G).

³³⁵ Contad con esto, si no tenéis más que mercenarios (E).

³³⁶ Pero puede caer al fin (G).

milaneses, muerto el duque Felipe, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; y Sforza venció al enemigo en Caravaggio y se alió después con él para sojuzgar a los milaneses, sus amos³³⁷. El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente; y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, se vio obligada, para no perder el reino, a entregarse en manos del rey de Aragón³³⁸. Y si los florentinos y venecianos extendieron sus dominios gracias a esas milicias, y si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos³³⁹ se debe exclusivamente a la suerte; porque de aquellos capitanes a los que podían temer unos no vencieron nunca³⁴⁰, otros encontraron oposición³⁴¹ y los últimos orientaron sus ambiciones hacia otra parte³⁴². En el número de los primeros se contó Juan Aucut cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria; pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Francisco Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, y se vigilaron mutuamente³⁴³; al fin, Francisco volvió sus miras hacia la Lombardía, y Braccio hacia la Iglesia³⁴⁴ y el reino de Nápoles.

Pero atendamos a lo que ha sucedido hace poco tiempo³⁴⁵. Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente que, de condición modesta, había llegado a adquirir gran fama. A haber tomado a Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo, porque estaban perdidos si se pasaba a los enemigos, y si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle³⁴⁶. Si se consideran los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras hicieron la guerra con sus propios soldados,

³³⁷ Puede hacerse lo mismo con tropas que sólo reciben sueldo del Estado. Se trata de infundirles el espíritu que tienen las tropas mercenarias; lo que es fácil cuando uno tiene el presupuesto militar a su disposición, por las contribuciones que hace entrar en él. La facilidad es aún mayor cuando uno está con sus tropas en países lejanos, donde no pueden recibir otro influjo que el de su general. Aprovechese de ello (G).

³³⁸ En cualesquiera brazos que os echéis, aunque colmen vuestro principal deseo, terminarán por haceros más mal que bien (E).

³³⁹ Apenas tuvo otro título que el de hombre honrado aquel famoso Bartolomé Coleoni que, con tantas oportunidades para hacerse rey de Venecia, no quiso. ¡Qué bobería haber aconsejado a los venecianos, al morir, que no dejaran en manos de otro tanto poder militar como le habían conferido a él! (G).

³⁴⁰ Con éste conviene empezar (G).

³⁴¹ Veremos después si las hay insuperables (G).

³⁴² Lo importante es ver lo que promete más (G).

³⁴³ Era menester saber destruirlo (G).

³⁴⁴ ¡Sublime! Es el mejor modelo (G).

³⁴⁵ ¡Por qué no pudiste seguirme! (RC).

³⁴⁶ El Directorio murmurará y decretará lo que guste perseguiré siendo lo que soy y será preciso, en verdad, que mi ejército me obedezca (G).

lo que sucedió antes que tentaran la suerte en tierra firme, cuando contaban con nobles y plebeyos que defendían lo suyo³⁴⁷; pero bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, así por lo reducido del Estado como por la gran reputación de que gozaban; pero cuando bajo Carmagnola el territorio se fue ensanchando, notaron el error en que habían caído. Porque viendo que aquel hombre, cuya capacidad conocían, después de haber derrotado al duque de Milán, hacía la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él, puesto que no lo quería³⁴⁸; y dado que no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado, no les quedaba otro recurso, para vivir seguros, que matarlo³⁴⁹. Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérghamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas, como les sucedió luego en Vailá, donde en un día perdieron lo que con tanto esfuerzo habían conquistado en ochocientos años³⁵⁰. Porque estas milicias, o traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones, o súbitas y fabulosas pérdidas.

Y ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que durante tantos años la gobernaron, y remontémonos a los tiempos más antiguos, para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores³⁵¹.

Es de saber que, en épocas no recientes, cuando el emperador empezó a ser arrojado de Italia³⁵² y el poder temporal del papa a acrecentarse, Italia se dividió en gran número de Estados³⁵³ porque muchas de las grandes ciudades tornaron las contra sus señores, que, favorecidos antes por el emperador, las tenían avasalladas; y el papa, para beneficiarse, ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones³⁵⁴. De donde Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de

³⁴⁷ Gran beneficio de las conscripciones (RC).

³⁴⁸ Hubiera visto esto mucho más pronto (RI).

³⁴⁹ Es, en realidad, lo más seguro. Hubiera debido hacerlo yo con más frecuencia de lo que lo hice. Dos veces no bastaban; tengo que temerlo todo por no haberlo hecho tres veces por lo menos (RI).

³⁵⁰ Peor que peor para ellos; todavía no lo han visto todo (G).

³⁵¹ Digresión superflua para mí (G).

³⁵² Restableceré allí el imperio (G).

³⁵³ La división desaparecerá (G).

³⁵⁴ Gregorio VII, especialmente, fue muy hábil en esto (G).

varias repúblicas³⁵⁵ pues algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos³⁵⁶; y como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Conio, de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los que hasta nuestros tiempos han dirigido esas tropas³⁵⁷. Y el resultado de su virtud lo hallamos en esto: que Italia fue recorrida libremente por Carlos, saqueada por Luis, violada por Fernando e insultada por los suizos³⁵⁸. El método que estos capitanes siguieron para adquirir primero el de quitarle importancia a la infantería. Y lo hicieron porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no podían imponerse y les era imposible alimentar a muchos, mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema el proveer a su sustentación. Las cosas habían llegado a tal extremo, que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes³⁵⁹. Por otra parte, se habían ingeniado para ahorrarse y ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna de no matar en las refriegas, sino tomar prisioneros, sin degollarlos³⁶⁰. No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros³⁶¹. Y con ellas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra³⁶².

³⁵⁵ Todo esto se cambiará (RC).

³⁵⁶ Hacer obrar sólo para mí esos tres móviles a un tiempo (G).

³⁵⁷ ¡Lastimosos caudillos de forajidos! (G).

³⁵⁸ A los que hago temblar, después de haber hecho yo solo tanto como estos tres monarcas juntos, y eso contra tropas mucho más formidables (RC).

³⁵⁹ ¡Miserable! ¡Lastimoso! (G)

³⁶⁰ ¡Cobardía! ¡Necedad! Acuchillar, hacer añicos, despedazar, aniquilar, aterrar (G). Debía suceder necesariamente (G).

³⁶¹ Cuando es posible, es menester hacer lo contrario, para tener buenas tropas (G).

³⁶² Debía suceder necesariamente (G).

Capítulo XIII

De los soldados auxiliares, mixtos y propios

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda³⁶³, tal como hizo en estos últimos tiempos el papa julio, cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando, rey de España, que éste iría en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos³⁶⁴ pero para quien las llama son casi siempre funestas; pues si pierden, queda derrotado, y si gana, se convierte en su prisionero³⁶⁵. Y aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos³⁶⁶ quiero, sin embargo, detenerme: en el caso reciente de Julio II, que no pudo haber cometido imprudencia mayor para conquistar a Ferrara que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa, que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección³⁶⁷, Porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, que, contra la opinión de todo el mundo, incluso la suya, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos, que habían huido, ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otras tropas³⁶⁸. Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; y esta resolución les hizo correr más peligros de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su patria³⁶⁹; de donde empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles³⁷⁰.

Se concluye de esto que todo el que no quiera vencer³⁷¹ no tiene más que servirse

³⁶³ ¡Inútiles! Es mucho. Imaginar el medio de infundirles la idea de una incorporación a las propias armas, por medio de la estratagema de una confederación o unión al gran imperio (RC).

³⁶⁴ Me basta (RC)

³⁶⁵ Mi sistema de alianza debe prevenir estos dos inconvenientes (RC).

³⁶⁶ ¡Debía confirmarla yo cuando en realidad me vela destinado a desmentirla! (E).

³⁶⁷ Estas terceras causas sólo dieron chascos pesados a mi buena fortuna (E).

³⁶⁸ Es ser afortunado y vencer como papa (G).

³⁶⁹ Por cierto haremos lo mismo en Italia, en la que entramos sólo echando a los coligados (G).

³⁷⁰ Le ha ido mucho mejor a Italia con ello (RI).

³⁷¹ ¡Necio! ¡Puede haber otros de esta fuerza! (G).

de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen ciegamente a sus jefes, con lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe, una vez, que han triunfado, necesitan esperar tiempo y ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos³⁷².

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las suyas a vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca³⁷³ de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, y con ellas tomó a Imola y Forlì³⁷⁴. Pero no pareciéndoles seguros, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas; y tomó a sueldo a los Orsini y los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias³⁷⁵. Y de la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea considerando la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses y cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo: que era, sin duda alguna, mucho mayor, porque nunca fue tan respetado como cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya que en otra parte lo he citado³⁷⁶. Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos; y como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a sus jefes³⁷⁷. E hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas³⁷⁸. Quiero también

³⁷² Sublime y de gran profundidad (RI).

³⁷³ ¡Ah! ¿Por qué te cansarías? ¿Por qué no apreciabas sus dotes morales, odiadas por muchos tontos? Pero, ¿qué hace esto en política? (G).

³⁷⁴ ¿Qué no se toma con estas tropas? Pero, ¿se conserva tan fácilmente? (G).

³⁷⁵ Siempre éstas, antes que cualesquiera otras (G).

³⁷⁶ Maquiavelo me halaga haciendo nueva mención de este héroe de mi genealogía (G).

³⁷⁷ Feliz de haberlo podido y más aún de haberlo hecho (RI).

recordar un episodio del Viejo Testamento que viene muy al caso³⁷⁹. Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliat, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas; pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, diciendo que con ellas no podría sacar partido de sí mismo y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre que las armas ajenas o se caen de los hombros del príncipe, o le pesan, o le oprimen. Carlos VII, padre del rey Luis XI, una vez que con su fortuna y valor liberó a Francia de los ingleses, conoció esta necesidad de armarse con sus propias armas³⁸⁰ y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió los de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos³⁸¹, error que renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino. Porque al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada ésta a ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos³⁸². Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, y que sin los suizos no se atrevan a enfrentar a otros. Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias; y, en su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias³⁸³. Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos³⁸⁴; pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis.

Por lo tanto, aquel que en un principado no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio; pero ésta es virtud que tienen pocos³⁸⁵. Si se examinan las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la

³⁷⁸ No conviene nunca pasar a otros, por deber, la menor parte de la gloria y poder adquiridos (G).

³⁷⁹ La elección de este ejemplo es una simpleza (G).

³⁸⁰ Necesitan del tiempo y de funestas experiencias para comprender lo que les es indispensable (E).

³⁸¹ ¡Necio! Pero a veces no; todo su consejo estaba en su cabeza. Miraba a Francia como a un prado que podía segar todos los años tan a fondo como quisiera. Tuvo también su hombre de Saint-Jean d'Ángeli y se condujo harto bien en el negocio de Odet (RC).

³⁸² ¡Qué diferencia! No hay ni un soldado mío que no crea poder vencer por sí solo (RI).

³⁸³ En una grandísima parte (G).

³⁸⁴ Lo es, porque le he dado otras muchas (RI).

³⁸⁵ Todavía en este siglo de tantas luces... (E).

principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues desde entonces las fuerzas del imperio fueron debilitándose³⁸⁶, y toda la virtud que ellas perdían la adquirirían los otros.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro³⁸⁷; más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Que fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes «*quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam fama potentiae non sua vi nixa*»³⁸⁸, Y milicias propias son las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos, o por servidores del príncipe. Y no será difícil rodearse de ellas³⁸⁹ si se siguen los ejemplos de los cuatro a quienes he citado, y se examina la forma en que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero³⁹⁰.

³⁸⁶ Lo mismo pensé la primera vez que leí, siendo niño la historia de esta decadencia (G).

³⁸⁷ Las vuestras no son vuestras sino más (E).

³⁸⁸ "Que nada hay tan débil e inestable como la fama de poder que no se apoya en las propias fuerzas." Tácito: "Anales."

³⁸⁹ No para ellos. Por lo menos no tan pronto (E).

³⁹⁰ Está bien, pero ese posible, todavía mejor, referirse a mí (RC).

Capítulo XIV

De los deberes de un príncipe para con la milicia

Un príncipe no debe entonces tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta³⁹¹; mientras que, por el contrario, ha hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas³⁹². Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era³⁹³; y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos³⁹⁴. Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable³⁹⁵, vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está³⁹⁶, y que el príncipe desarmado se sienta seguro entre servidores armados³⁹⁷; porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo³⁹⁸. Por todo ello un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos³⁹⁹. En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de

³⁹¹ Dicen que voy a tomar la pluma para escribir mis "Memorias". ¿Yo escribir? Me tomarían por un bobo. Es ya mucho que mi hermano Luciano haga versos. Entretenerse en tales puerilidades es renunciar a reinar (RI).

³⁹² He demostrado lo uno y lo otro (RI).

³⁹³ Es indefectible (E).

³⁹⁴ ¡Y yo, pues! (E).

³⁹⁵ Como ellos bien pronto (E).

³⁹⁶ La espada y las charreteras solas no lo evitan si no hay algo más (RI).

³⁹⁷ ¿No lo veis, pues? (E).

³⁹⁸ ¡Y creen estarlo! (E).

³⁹⁹ Maquiavelo, ¡qué secreto les revelas! Pero no te leen ni leyeron jamás (E).

los valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad⁴⁰⁰, pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras⁴⁰¹. El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja⁴⁰².

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra⁴⁰³; y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigos: «Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los perseguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?»⁴⁰⁴. Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentarse a un ejército; escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto⁴⁰⁵.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la historia⁴⁰⁶, examinar las acciones de los hombres ilustres, ver como se han conducido en la guerra analizar el por qué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus

⁴⁰⁰ Me he aprovechado de los consejos (R).

⁴⁰¹ Añádanse a esto buenas cartas topográficas (G).

⁴⁰² ¿Aproveché bien tus consejos? (G)

⁴⁰³ En ella pienso, aun durmiendo... si, no obstante, duermo alguna vez (G).

⁴⁰⁴ ¡Cuántas veces he hecho lo mismo desde mi juventud! (R1).

⁴⁰⁵ No se prevén nunca todos, pero se halla de repente el remedio, por más que cueste (G).

⁴⁰⁶ ¡Desgraciado el estadista que no la lee! (E).

hechos más celebrados⁴⁰⁷. Como se dice que Alejandro Magno hacía con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y como, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que Jenofonte escribió de Ciro⁴⁰⁸. Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.

⁴⁰⁷ ¿Por qué no tomar más de uno, que pueda ser superior a todos los otros? Carlomagno me ha complacido, pero César, Atila, Tamerlán, no son de despreciar (G).

⁴⁰⁸ ¿Por qué no tomar más de uno, que pueda ser superior a todos los otros? Carlomagno me ha complacido, pero César, Atila, Tamerlán, no son de despreciar (G).

Capítulo XV

De aquellas cosas por las cuales los hombres, especialmente los príncipes, son alabados o censurados

Queda ahora por analizar como debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones⁴⁰⁹. Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa⁴¹⁰ que tras su apariencia⁴¹¹. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos⁴¹²; porque hay tanta diferencia entre como se vive y como se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse; pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son⁴¹³.

Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad⁴¹⁴.

Dejando, pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque «avaro», en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos «tacaño» al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otra rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro

⁴⁰⁹ Primera advertencia que ha de hacerse para comprender bien a Maquiavelo (RC).

⁴¹⁰ En todos los casos, ver las cosas como ellas son (RC).

⁴¹¹ La imaginación de Platón vale, en la práctica, casi tanto como la de Juan Jacobo (RC).

⁴¹² Con arreglo a ellos juzgan a los estadistas los visionarios de moral y de filosofía (RC).

⁴¹³ Si todos no son malos, los que lo son tienen tales recursos y actividad, que hace como si todos lo fueran. Los más perversos son, a menudo, los que a tu lado aparentan ser los mejores (RI).

⁴¹⁴ Se dirá lo que se quiera. Lo esencial es mantenerse y conservar el buen orden del Estado (RC).

incrédulo, y así sucesivamente⁴¹⁵. Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas⁴¹⁶; pero como no es posible poseer las todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, si puede, aun de las que no se lo haría perder⁴¹⁷, pero si no puede no debe preocuparse gran cosa⁴¹⁸ y mucho menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bien estar y la seguridad.

⁴¹⁵ Escoged si podéis (RC).

⁴¹⁶ Sí, como Luis XVI. Pero también acaba uno perdiendo su reino y su cabeza (RI).

⁴¹⁷ Consejo de moralista (RI).

⁴¹⁸ En cuanto a esto, me burlo del "qué dirán" (RI).

Capítulo XVI

De la prodigalidad y de la avaricia

Empezando por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad, practicada de manera que se sepa que uno es pródigo, perjudica; y por otra, parte, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe practicar, la prodigalidad no será conocida⁴¹⁹ y se creerá que existe el vicio contrario. Pero como el que quiere conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las cosas que hay que hacer para procurarse dinero. Lo cual empezará a tornarlo odioso a los ojos de sus súbditos⁴²⁰, y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Y como con su prodigalidad ha perjudicado a muchos y beneficiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente⁴²¹ y peligrará al menor riesgo⁴²². Y si entonces advierte su falla y quiere cambiar de conducta, será tachado de tacaño⁴²³.

Ya que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño; porque, con el tiempo, al ver que con su avaricia le bastan las entradas para defenderse de quien le hace la guerra, y puede acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo⁴²⁴, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, que son innumerables, y la avaricia con todos aquellos a quienes no da, que son pocos⁴²⁵.

En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños; los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre de pródigo para llegar al Pontificado⁴²⁶, no se cuidó, a fin de

⁴¹⁹ Es también muy evangélico. ¿De qué serviría ser liberal si no lo fuera uno por interés y vanidad? (RC).

⁴²⁰ Esto me afecta algo, pero recuperare la estimación con engañosas hazañas (RI).

⁴²¹ Iré en busca de dinero a todos los países del exterior (RI).

⁴²² ¡Ave de mal agüero, habrás mentido en esto! (RI).

⁴²³ Yo apenas me inquietaría por ello (RI).

⁴²⁴ ¡Animo apocado! (RI).

⁴²⁵ ¡Buen hombre! (RI).

⁴²⁶ La palabra liberal, tornada metafísicamente, me sirvió casi lo mismo. Las expresiones "ideas liberales", "modo de pensar liberal", que por lo menos no arruinan y embelesan a todos los ideólogos, son, sin embargo, de mi

poder hacer la guerra, dé conservar semejante fama. El actual rey de Francia ha sostenido tantas guerras sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos porque, con su extremada economía, proveyó a los gastos superfluos⁴²⁷. El actual rey de España, si hubiera sido espléndido, no habría realizado ni vencido en tantas empresas⁴²⁸.

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco, con tal de que ello le permita defenderse, no robar a los súbditos, no volverse pobre y despreciable, no mostrarse expoliador- en incurrir en el vicio de tacaño; porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar⁴²⁹. Y si alguien dijese: «Gracias a su prodigalidad, César llegó al Imperio⁴³⁰ y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de pródigos, escalaron altísimas posiciones», contestaría: «O ya eres príncipe, o estás en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria⁴³¹. Y César era uno de los que querían llegar al principado de Roma; pero si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el imperio a la ruina». Y si alguien replicase: «Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas»⁴³², diría yo: «O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno; en el primer caso debe ser medido; en el otro, no debe cuidarse del despilfarro⁴³³. Porque el príncipe que va con sus ejércitos y que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita de esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que de otra manera los soldados no lo seguirían⁴³⁴. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro⁴³⁵; porque el derrochar lo ajeno, antes concede que quita reputación⁴³⁶; sólo el gastar lo de uno perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma

invención, inventado por mí este talismán, sólo servirá a mi causa y abogará siempre por mi reinado, aun en poder de los que me destronaron (E).

⁴²⁷ Idea mezquina (RI).

⁴²⁸ Tontería (RI).

⁴²⁹ No es con éste con quien yo más contaría (RC).

⁴³⁰ Mis generales saben lo que les di antes y adonde tendría que llegar para conferirles ducados y bastones de mariscal (RI).

⁴³¹ Fui liberal en acciones y palabras. ¡A cuántos necios no se engaña con el falso oropel de las ideas liberales! (RC).

⁴³² Vas a juzgarme (RC).

⁴³³ ¿Quién lo hizo mejor que yo? (RI).

⁴³⁴ He aquí el secreto del permiso que di para los saqueos y pillajes. Les daba cuanto podían tomar; de ahí su inmutable apego a mi persona (E).

⁴³⁵ Y yo (RI).

⁴³⁶ Que sirve para aumentar la otra (RI).

como la prodigalidad, pues cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable⁴³⁷ o si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso⁴³⁸. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, y a ambas cosas conduce la prodigalidad. Por lo tanto, es más prudente contentarse con la tilde de tacaño, que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el de expoliador, que implica una vergüenza con odio⁴³⁹.

⁴³⁷ Cuando uno no sabe otros medios para mantenerla (RI)

⁴³⁸ Esto casi no me inquieta (RI).

⁴³⁹ Poco me importa, en resumidas cuentas. Tendré siempre el aprecio y el amor de mis soldados..., de mis senadores, prefectos, etc. (RI).

Capítulo XVII

De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, o ser temido que amado

Paso a las otras cualidades ya citadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia⁴⁴⁰ César Borgia era cruel, pese a lo cual fue su crueldad la que impuso el orden en la Romaña, la que logró su unión y la que la volvió a la paz y a la fe⁴⁴¹.

Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que, para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoia. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos⁴⁴²; porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causa de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno⁴⁴³. Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad⁴⁴⁴, pues toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio⁴⁴⁵ ponga en boca de Dido:

Res dura el regni novitai me talia cogunt Mofiri, el late fines custode tueri

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo⁴⁴⁶ y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza, no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable⁴⁴⁷.

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que

⁴⁴⁰ Lo que siempre sucede, cuando uno llega a la gloria de la clemencia con grandes pretensiones (E).

⁴⁴¹ No ceséis de clamar que este Borgia era un monstruo de quien es menester apartar la vista; no ceséis, a fin de que no aprendan de él lo que podría desbaratar mis planes (E).

⁴⁴² Guárdate bien de decírselo. Por otra parte, no parecen dispuestos a comprenderte (E).

⁴⁴³ Tengo necesidad de que todos estén ofendidos, aunque más no sea que con la impunidad de algunos (E).

⁴⁴⁴ Son nuevos, el Estado es nuevo para ellos y sólo quieren ser clementes (E).

¡Buen billete tiene La Châtre!

⁴⁴⁵ Pero, dichosamente, no es Virgilio el poeta más gustado (E).

⁴⁴⁶ Es fácil de decir (RC).

⁴⁴⁷ ¡Perfecto! ¡Sublime! (RC).

amado⁴⁴⁸. "Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado⁴⁴⁹. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro⁴⁵⁰. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos⁴⁵¹, pues, como antes expliqué, ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra⁴⁵² va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se adquieren con el dinero y no con la altura y nobleza de almas⁴⁵³ son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se las puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer⁴⁵⁴; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca⁴⁵⁵. No obstante lo cual, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no se granjea el amor, evite el odio⁴⁵⁶, pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado; y para ello bastará que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos⁴⁵⁷ y que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto⁴⁵⁸; pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos⁴⁵⁹, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio⁴⁶⁰. Luego, nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes⁴⁶¹, y el que empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno, y, por el

⁴⁴⁸ No es cuestión para mí (RC).

⁴⁴⁹ No necesito más que de uno (RC).

⁴⁵⁰ Los que decían que todos los hombres son buenos querían engañar a los príncipes (RC)

⁴⁵¹ Cuenta con ello (E).

⁴⁵² ¡Buen billete tiene La Châtre!

⁴⁵³ Pero es menester saber en qué consiste ella en el príncipe de un Estado tan dificultoso (E).

⁴⁵⁴ Crean todo lo contrario (E).

⁴⁵⁵ Es preciso que éste les castigue de continuo (RC).

⁴⁵⁶ Es muy embarazoso (RI).

⁴⁵⁷ Es también restringir mucho las prerrogativas de los príncipes (RI).

⁴⁵⁸ Cuando no los hay reales, los forja uno mismo. Para mis grandes providencias gubernativas, tengo hombres más sabios que Gabriel Naudé (RC).

⁴⁵⁹ Es el único pérfido chasco que su carta me ha dado (E).

⁴⁶⁰ Observación profunda que se me había escapado (E).

⁴⁶¹ Esta facilidad para hallar pretextos es una de las ventajas de mi autoridad (RC).

contrario, para quitar la vida, son más raros y desaparecen con más rapidez⁴⁶². Pero cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha⁴⁶³. Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo, formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras⁴⁶⁴, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, así en la mala como en la buena fortuna⁴⁶⁵. Y esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana, que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados; que, sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto⁴⁶⁶. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por la otra, censuran su razón principal⁴⁶⁷. Que si es verdad o no que las demás virtudes no le habrían bastado puede verse en Escipión -hombre de condiciones poco comunes, no sólo dentro de su época, sino dentro de toda la historia de la humanidad⁴⁶⁸, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Lo cual se produjo por culpa de su excesiva clemencia, que había dado a sus soldados más licencia de la que a la disciplina militar convenía⁴⁶⁹. Falta que Fabio Máximo le reprochó en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los logros, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del primero fue castigada naciendo todo de aquel su blando carácter. Y a tal extremo, que alguien que lo quiso justificar ante el Senado dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas⁴⁷⁰. Este carácter, con el tiempo habría acabado por empañar su fama y su honor, a haber llegado Escipión al mando absoluto; pero como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se

⁴⁶² ¡Ignorante! No sabía que uno los engendra (RC).

⁴⁶³ Principié con esto para hacer marchar a Italia el ejército cuyo mando se me confirió en 1796 (G).

⁴⁶⁴ El mío no presentaba menos elementos de discordia y rebelión cuando le hice entrar en Italia (G).

⁴⁶⁵ Puede decirse otro tanto del mío (G).

⁴⁶⁶ Indudable (G).

⁴⁶⁷ Así nos juzgamos siempre (G).

⁴⁶⁸ Admiración muy necia (G).

⁴⁶⁹ Sólo debe uno dejarla cuando así halla su beneficio (G).

⁴⁷⁰ Lo segundo vale más que lo primero (G).

convirtió en su gloria⁴⁷¹.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amor depende de la voluntad de los hombres y el temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo⁴⁷² y no en lo ajeno, pero, como he dicho, tratando siempre de evitar el odio.⁴⁷³

⁴⁷¹ ¡Extravagante gloria! (G).

⁴⁷² Es lo más seguro, siempre (RC).

⁴⁷³ A no ser que cause mucho trabajo y estorbo (RC).

Capítulo XVIII

De que modo los príncipes deben cumplir sus promesas

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez⁴⁷⁴; pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad⁴⁷⁵, los únicos que han realizado grandes empresas⁴⁷⁶.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes; otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda⁴⁷⁷. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase⁴⁷⁸. Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De manera que, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorro y en león, porque el león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos⁴⁷⁹. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia⁴⁸⁰. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando haya desaparecido las razones que le hicieron prometer⁴⁸¹. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno⁴⁸²,

⁴⁷⁴ Maquiavelo, admirando hasta este punto la buena fe, franqueza y honradez, ya no parece estadista (G).

⁴⁷⁵ Arte que puede ser perfeccionado todavía (G). Los tontos están aquí abajo para nuestros gastos secretos (G).

⁴⁷⁶ Los grandes ejemplos le fuerzan a discurrir según mi modo de dar otros semejantes (G).

⁴⁷⁷ Es la mejor, considerando que uno sólo trata con bestias (RC).

⁴⁷⁸ Explicación que nadie supo dar antes de Maquiavelo (G).

⁴⁷⁹ Todo esto es muy cierto en la aplicación que le da Maquiavelo en la política (G).

⁴⁸⁰ El modelo es admirable, sin embargo (G).

⁴⁸¹ No hay otro partido que tomar (G).

⁴⁸² Pública retractación de moralista (G).

pero como son perversos⁴⁸³, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos⁴⁸⁴. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia⁴⁸⁵. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes⁴⁸⁶. Que el que mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular⁴⁸⁷. Les hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar⁴⁸⁸.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre halló oportunidad para hacerlo⁴⁸⁹, jamás hubo hombre que prometiese con más desparpajo ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno; y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo⁴⁹⁰.

No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable que aparente poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas siempre es perjudicial, y el aparentar tenerlas, útil⁴⁹¹. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente⁴⁹²; pero se debe estar dispuesto a irse al otro extremo si ello fuera necesario. Y ha de sentirse presente que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque, a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión⁴⁹³. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y

⁴⁸³ Esto alcanza para no fiarse, pero no justifica a quienes son como el resto: malvados y falsos. (Cristina de Suecia.)

⁴⁸⁴ Par pari refertur (G).

⁴⁸⁵ Tengo hombres ingeniosos para esto (RI).

⁴⁸⁶ En general hay allí más beneficio para los vasallos que escándalo (RI).

⁴⁸⁷ Los más hábiles no son capaces de superarme. El papa dará fe de ello (RC).

⁴⁸⁸ Mientes atrevidamente; el mundo está compuesto de necios. Entre la multitud, esencialmente crédula, se contarán poquísimas gentes que duden, y éstas no se atreverán a declararlo (RC).

⁴⁸⁹ No faltan (RC).

⁴⁹⁰ ¡Hombre terrible! Si no honró la tierra, por lo menos extendió sus dominios, y la Santa Sede le debe muchos favores. ¡Ha llegado la hora del contrapunto! (RI).

⁴⁹¹ Los necios que creyeron que este consejo era para todos no saben la enorme diferencia que hay entre el príncipe y los vasallos (RI).

⁴⁹² En los tiempos que corren, vale mucho más parecer hombre honrado que serio realmente (RI).

⁴⁹³ Suponiendo que tenga una (RC).

que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda⁴⁹⁴, pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.

Por todo esto un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión misma⁴⁹⁵, sobre todo esta última⁴⁹⁶. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres⁴⁹⁷, ⁴⁹⁸; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado⁴⁹⁹. Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito⁵⁰⁰; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse⁵⁰¹. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe; y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.

⁴⁹⁴ Maquiavelo es severo (RC).

⁴⁹⁵ Es también mucho exigir. La cosa no es tan fácil; se hace lo que se puede (RC).

⁴⁹⁶ Bueno para su tiempo (RC).

⁴⁹⁷ No se puede aparentar mucho tiempo lo que no se es. (Cristina de Suecia.)

⁴⁹⁸ ¡Ah!, aun cuando lo comprendieran ellos... (RC).

⁴⁹⁹ Con esto cuento (RI).

⁵⁰⁰ Triunfad siempre, no importa como, y siempre tendréis razón (RI).

⁵⁰¹ ¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscú! (E)

Capítulo XIX

De que modo debe evitarse ser despreciado y odiado

Como de entre las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras. Trate el príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable⁵⁰², y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios⁵⁰³. Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convendrá abstenerse⁵⁰⁴. Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos, que puede cortar fácilmente⁵⁰⁵ y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza⁵⁰⁶. Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallas sean irrevocables⁵⁰⁷ y empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni en envolverlo con intrigas⁵⁰⁸. El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiene necesariamente que ser bueno y querido por los suyos⁵⁰⁹. Y un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que lo ataquen las potencias extranjeras. De éstas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas⁵¹⁰, así como siempre en el interior estarán seguras cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración⁵¹¹. Y aun cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido

⁵⁰² No tengo que temer el menosprecio. Hice grandes cosas, y me admirarán a pesar suyo. En cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos (RC).

⁵⁰³ Esto me es necesario (RC).

⁵⁰⁴ Modus est in rebus (PC).

⁵⁰⁵ No con tanta facilidad (RI).

⁵⁰⁶ ¿Ingeniarse? ¡Imposible! Cuando no se ha empezado así (E).

⁵⁰⁷ Esencial para quitar toda esperanza de perdón a los conspiradores, sin lo cual perecerás (RC).

⁵⁰⁸ Se tiene mucho más que el pensamiento: se tiene la esperanza y la facilidad, con la certeza del triunfo (E).

⁵⁰⁹ Hay siempre valentones que no lo estiman (E).

⁵¹⁰ He dado admirables pruebas de esto, y mi casamiento es la más alta expresión (RI).

⁵¹¹ Destruir las que se presentaron (RI).

como he aconsejado y no pierde la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques, como he contado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo⁵¹². Porque el no ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de que dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe⁵¹³ y jamás, si sospecha que se producirá el efecto contrario, se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre el que conspira⁵¹⁴. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito. Porque el que conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de los que no cree descontentos⁵¹⁵; y no hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos⁵¹⁶, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; y es preciso que sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro⁵¹⁷, te sea leal. Y para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos⁵¹⁸ de tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar⁵¹⁹. Pues si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumir el hecho, lo estará aún más después de ejecutado⁵²⁰ porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos⁵²¹; pero me daré por satisfecho con mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer

⁵¹² Tontería (RI).

⁵¹³ No se relaciona conmigo (RC).

⁵¹⁴ Me tranquilizas (RC).

⁵¹⁵ Se le echa un hermano falso y luego se dice que el resultado es obra de la Providencia (RC).

⁵¹⁶ En especial si le he comprado antes (RC).

⁵¹⁷ Puede contar con una buena gratificación (RC).

⁵¹⁸ Todo que temer, por una parte, y todo que ganar, por otra (RC).

⁵¹⁹ Quedan siempre, por cierto, bastantes émulos, ¡pero los celadores! (RI).

⁵²⁰ ¡El pueblo! ¿No es ingrato y no se pone siempre del lado del que triunfa, en especial cuando éste le deslumbra? (RI).

⁵²¹ El afeminado espíritu de nuestra edad no permite que se renueven (RC).

Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado por los Canneschi, que se habían conjurado contra él, no quedando de los suyos más que micer Juan, que era una criatura. Inmediatamente después de semejante crimen se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. Esto nace de la simpatía popular que la casa de los Bentivoglio tenía en aquellos tiempos, y que fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese, muerto Aníbal, regir el Estado, y habiendo indicios de que en Florencia existía un descendiente de los Bentivoglio, que se consideraba hasta entonces hijo de un cerrajero, vinieron los boloñeses en su busca a Florencia y le entregaron el gobierno de aquella ciudad, la que fue gobernada por él hasta que micer Juan hubo llegado a una edad adecuada para asumir el mando⁵²².

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones⁵²³; pero que debe temer todo y a todos cuando lo tiene por enemigo y es aborrecido por él⁵²⁴. Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles⁵²⁵ y, a la vez, tener satisfecho y contento al pueblo⁵²⁶. Es éste uno de los puntos a que más debe atender un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el de Francia, que cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, de las cuales la primera es el Parlamento⁵²⁷. Como el que organizó este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de tenerlos como de una brida para corregirlos, y, por otra, el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo -temor que había que hacer desaparecer, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey esa tarea, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer

⁵²² ¡Si fueran capaces de ir a hacer una cosa semejante en Viena, ya que no lo han sido de venirme a buscar camus et non! (E).

⁵²³ Maquiavelo olvida aquí que ha dicho que los hombres eran malos (RI).

⁵²⁴ El sueño huye lejos de mí (RI).

⁵²⁵ Pero los grandes que me ví obligado a hacer se ponen furiosos en cuanto ceso un instante de colmarlos de bienes (RI).

⁵²⁶ No puede aquietar a estos ambiciosos más que descontentando al pueblo (RI).

⁵²⁷ Llevas razón en admirarte de esto: pero era menester destruirlo para conseguir la destrucción del trono de los Borbones, sin lo cual; en resumidas cuentas, no hubiera podido erigirse el mío. Haré el mismo estatuto lo antes posible (RI).

poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo⁵²⁸. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa, ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De donde puede extraerse esta consecuencia digna de mención: que los príncipes deben encomendar a los demás las tareas gravosas y reservarse las agradables⁵²⁹. Y vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que el ejemplo de la vida y muerte de ciertos emperadores romanos contradice mis opiniones, porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra. Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la historia de aquellos tiempos⁵³⁰. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalia, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados, motivo de la ruina de muchos. Porque era difícil⁵³¹ dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados⁵³² las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, y mucho más si lo eran contra el pueblo, ya que así duplicaban la ganancia y tenían ocasión de desahogar su codicia y su perversidad⁵³³. Esto explica por qué los emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a otros⁵³⁴ siempre

⁵²⁸ ¡Admirable! (RI).

⁵²⁹ En el actual Estado se dirigen a él todas las cosas que exigen rigor, y sus ministros se reservan la concesión de todas las gracias. A las mil maravillas (E).

⁵³⁰ Que sólo se lee como una novela (RC).

⁵³¹ Lo se bien (RI).

⁵³² Mi posición es difícil. Y no es necesario imputarme ambición guerrera a mí, sino a mis soldados y generales, que me la convierten en una primera necesidad. Me matarían si les dejara más de dos años sin presentarles el cebo de una guerra (RI).

⁵³³ A ello me obligan por los mismos motivos. Los soldados son iguales en todas partes, cuando uno depende de ellos (RI).

⁵³⁴ He logrado hacer lo uno y lo otro, pero no es bastante todavía (RI).

fracasaban; y explica también por qué la mayoría, y sobre todo los que no subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes, se decidían por los soldados⁵³⁵, sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico⁵³⁶: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes⁵³⁷ debe inclinarse hacia el grupo más numeroso, y cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte⁵³⁸. De ahí que los emperadores -que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo; lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según qué supiesen o no ganarse y conservar su respeto⁵³⁹.

Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanitarios y benévolos⁵⁴⁰, tuvieron todos, salvo Marco, triste fin⁵⁴¹. Y Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados⁵⁴²; y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometidos a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado⁵⁴³. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, que, acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerle⁵⁴⁴; y por esto fue odiado⁵⁴⁵. Y como al odio se agregó el desprecio que inspira a su vejez⁵⁴⁶, pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está

⁵³⁵ No conviene desentenderse de ello; todavía estoy en el mismo caso, en todos los aspectos (RI).

⁵³⁶ Esta es mi disculpa a los ojos de la posteridad (RI).

⁵³⁷ Es una gran verdad (RI).

⁵³⁸ Es siempre el ejército, cuando es tan numeroso como el mío (RI).

⁵³⁹ Hacerlo todo para esto; me veo forzado a ello (RI).

⁵⁴⁰ Virtudes intempestivas en este caso. Es digno de compasión el que no sabe sustituir las virtudes políticas de acuerdo con las circunstancias (RI).

⁵⁴¹ Esto debía ser, y yo lo hubiera previsto (RI).

⁵⁴² Esta fortuna sólo está reservada a mi hijo (RI).

⁵⁴³ Si me fuera dado renacer para suceder a mi hijo, sería adorado (RI).

⁵⁴⁴ No pueden excusarse de ello (E).

⁵⁴⁵ Es inevitable (E).

⁵⁴⁶ Esto no me afecta (E).

corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo⁵⁴⁷, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas⁵⁴⁸.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo; pero su fama de persona débil⁵⁴⁹ y que se dejaba gobernar por su madre⁵⁵⁰ le acarreó el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente⁵⁵¹ en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho⁵⁵², y aquél, atemorizado y estupefacto. Y como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes⁵⁵³.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convenció al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado⁵⁵⁴. Y con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido noticia de su partida⁵⁵⁵. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano⁵⁵⁶; y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador⁵⁵⁷. Pero para adueñarse del Estado quedaban aún a Severo dos

⁵⁴⁷ Y ellos no saben dejar de serio (E).

⁵⁴⁸ Es por cierto, lo que quieren hacer, pero bastardean y desconocen la fuerza de su partido (E).

⁵⁴⁹ Cuando uno es siempre bueno no puede evitar esta reputación (E).

⁵⁵⁰ Es peor aún cuando uno tiene la de serlo por ministros ineptos y que carecen de estima (RI).

⁵⁵¹ ¡Modelo sublime que no he cesado de contemplar! (RI).

⁵⁵² El respeto y la admiración hacen que se contengan como si lo estuvieran (RI).

⁵⁵³ Y de lo que siempre estuve convencido (RI).

⁵⁵⁴ Quise imitar este rasgo en fructidor de 1797, cuando decía a mis soldados de Italia que el cuerpo legislativo había asesinado la libertad republicana en Francia; pero no pude conducirlos allí ni ir yo. Errado el tiro entonces, no lo fue luego (RI).

⁵⁵⁵ En esto será reconocida mi vuelta de Egipto (RI).

⁵⁵⁶ Mi Didio no era más que el Directorio, y bastaba disolverle para destruirle (RI).

⁵⁵⁷ Se me nombró jefe de todas las tropas reunidas en París e Inmediaciones y, por de pronto, árbitro de ambos consejos (RI).

dificultades: la primera en Oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio⁵⁵⁸. Y como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino⁵⁵⁹, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él; le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega⁵⁶⁰, distinción que Albino aceptó sin vacilar, Pero una vez que hubo vencido y muerto a Níger, y pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, por lo cual era preciso que castigara su ingratitud. Fue entonces a buscarlo a las Galias y le quitó la vida y el Estado⁵⁶¹.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león⁵⁶² y un zorro muy astuto, y advertirá que todos lo temieron y respetaron y que el ejército no lo odió; y no se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad⁵⁶³ lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Pero Antonino, su hijo, también fue hombre de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molicie y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados⁵⁶⁴. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo⁵⁶⁵, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por un centurión en presencia de todo el ejército. Conviene

⁵⁵⁸ Mi Níger era simplemente Barrás, y mi Albino no fue más que Seyes. No eran formidables. Cada uno de ellos no obraba por su propia cuenta, y yo quería que se diferenciassen en sus propósitos, El primero debía querer el restablecimiento del rey, el segundo, entronizar al elector de Brunswick. Pero yo quería otra cosa, y Séptimo, en mi lugar, no hubiera actuado mejor (RI).

⁵⁵⁹ Me bastaba con retirar a mi Níger y me era fácil engañar a mi Albino (RI).

⁵⁶⁰ Así hice nombrar a Seyes colega mío en la comisión consular, y Roger Ducca, al que admití también en ella, solo podía ser un contrapeso a mi disposición (RI).

⁵⁶¹ No me eran necesarias tan grandes maniobras para desembarazarme de Seyes. Más zorro que él, lo logré fácilmente en mi junta del 22 frimario, en que yo mismo arreglé la Constitución que me hizo primer cónsul y relegó a los dos colegas a la jubilación de mi Senado (RI).

⁵⁶² No me censurarán por no haberlo sido ni por asomo en esta coyuntura (RI).

⁵⁶³ La mía no puede ser mayor por ahora y la sostendré (RI).

⁵⁶⁴ Aproveché todas las oportunidades para adquirir su amor por este medio (RI).

⁵⁶⁵ Poco hábil (RI).

notar al respecto que no está en manos de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro; pero no los teme el príncipe, pues son rarísimos⁵⁶⁶, y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto a él⁵⁶⁷ para el servicio del Estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión, y de amenazar a éste diariamente con lo mismo lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria⁵⁶⁸ que tenía que traerle la muerte, y se la trajo.

Pasemos a Cómodo⁵⁶⁹ a quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el imperio, en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda clase de licencias; por otra parte, olvidado de la dignidad que investía, bajó muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la majestad imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración⁵⁷⁰.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximino. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, de quien ya he hablado, elevaron al imperio, una vez muerto éste, a Maximino, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso, que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable⁵⁷¹: la primera, su baja condición⁵⁷² pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia, y esto producía universal disgusto; la otra, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando, y, en el intervalo, había cometido, en Roma y en todas partes del imperio, por intermedio de sus prefectos, un sinfín de depredaciones⁵⁷³. Menospreciado por la

⁵⁶⁶ No suceden nunca, cuando el príncipe impone respeto con una grande y genial entereza (RI).

⁵⁶⁷ Cuando uno los ha ofendido, es indispensable apartarlos, trasladarlos, desterrarlos, honrosamente o no (RI).

⁵⁶⁸ Necio, estúpido, embrutecido (RI).

⁵⁶⁹ Da lástima. No es digno de que yo detenga un solo instante mis miradas en él (RI).

⁵⁷⁰ Era justo. No es posible ser más indigno para reinar (RI).

⁵⁷¹ El ser despreciado es el peor de los males (RI).

⁵⁷² Hay siempre medios para encubrir esto (RI).

⁵⁷³ ¿Por qué no las desaprobaba luego mandando castigarlos? (RI).

bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el África se rebelase y que el Senado y luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató⁵⁷⁴.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano, que, por ser hartos despreciables, tuvieron pronto fin, y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados⁵⁷⁵, pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave, dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales⁵⁷⁶, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Y si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica, porque los soldados eran más poderosos que el pueblo, mientras que ahora todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados, porque aquél puede más que éstos⁵⁷⁷. Exceptúo al Turco, que, por estar siempre rodeado por doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino⁵⁷⁸, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas⁵⁷⁹. Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste, sin tener consideraciones para con el pueblo⁵⁸⁰. Y adviértase que este Estado del Sultán es muy distinto de todos los principados y sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado hereditario ni principado nuevo⁵⁸¹, porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el

⁵⁷⁴ Es digno de esto quien deja llegar las cosas a tal extremo (RI).

⁵⁷⁵ No me causa dificultades, en efecto (RI).

⁵⁷⁶ Cambiar a menudo las guarniciones (RI).

⁵⁷⁷ Mi interés quiere que se mantenga entre unos y otros un cierto equilibrio, sin mayor inclinación ni de un lado ni de otro (RC).

⁵⁷⁸ Mi guardia imperial puede, en caso necesario, hacer las veces de genizaros (RI).

⁵⁷⁹ Debo hacer otro tanto (RI).

⁵⁸⁰ Consideraciones o no, es preciso tener una fuerte guardia, con la que uno puede contar, aun cuando haya desertores entre las otras, que se hallan todavía muy apegadas al pueblo (RI).

⁵⁸¹ La comparación es curiosa, atrevida, pero verdadera a los ojos de todo meditador político (RI).

elegido para ese puesto por los que tienen autoridad⁵⁸². Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del Estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario⁵⁸³.

Pero volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallaría que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, y descubriría a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, que había llegado al imperio por derecho de sucesión⁵⁸⁴; y lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo⁵⁸⁵ sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado, y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo⁵⁸⁶.

⁵⁸² Los cardenales crean, efectivamente, el gobierno temporal de Roma, como los magnates de Egipto creaban su sultán (RI).

⁵⁸³ Serio así es lo mejor de la rueda de la fortuna (RI).

⁵⁸⁴ Hay algo bueno en cada uno de estos modelos; es menester saber elegir. Únicamente los tontos pueden atenerse a uno solo e imitarlo en todo (RI).

⁵⁸⁵ ¿Quién será capaz de seguir los míos? (RI).

⁵⁸⁶ Conclusión perfecta; pero todavía no puedo desistir de los procedimientos de Severo (RI).

Capítulo XX

Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes hacen con frecuencia son útiles o no.

Hubo príncipes que, para conservar sin inquietudes el Estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas, y príncipes que las arrasaron⁵⁸⁷. Y aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del Estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia permita⁵⁸⁸.

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados⁵⁸⁹. De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe arma, y se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás⁵⁹⁰, por esta distinción, de que reconocen deudores al príncipe, los primeros se consideran más obligados a él, y los otros lo disculpan comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma, se empieza a ofenderlo, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad⁵⁹¹; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Y como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya

⁵⁸⁷ Un mismo príncipe puede verse obligado a hacer todo esto en el transcurso de su reinado, según la época y las circunstancias (RI).

⁵⁸⁸ Habla, y me encargo de las consecuencias prácticas (RI).

⁵⁸⁹ Así obraron los hábiles protectores de la Revolución. Erigiéndose en príncipes de Francia, transformaron los Estados Generales mediante una asamblea nacional y armaron de inmediato a todo el pueblo, para formar un ejército nacional en provecho suyo. ¿Por qué conservan las guardias urbanas y comunales este título de nacionales que no les conviene hoy en día? ¿Guarda, acaso, cada una de ellas a la nación entera? Es menester que lo pierdan, pero gradualmente. No son ni deben ser más que guardias urbanas o provinciales: así lo exigen el buen orden y el sano juicio (RI).

⁵⁹⁰ Los grandes forjadores de la Revolución Francesa querían armar, realmente, sólo al pueblo. Los pocos nobles a quienes dejaron introducirse en su guardia nacional no los espantaban. Sabían muy bien que no tardarían en echarlos y teniéndose el pueblo por el único favorecido, fue sólo de ellos (RI).

⁵⁹¹ ¿Cómo saldrán de este difícil paso habiendo muchas guardias nacionales que no les responden? (E).

he hablado⁵⁹²; pero aun cuando sólo tuviesen virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos⁵⁹³. Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército⁵⁹⁴, según lo prueben los ejemplos de que está llena la historia. Ahora bien: cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí que conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista⁵⁹⁵; y aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brinden, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad⁵⁹⁶ y arreglarse de modo que el ejército del Estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el Estado antiguo⁵⁹⁷.

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que para conservar a Pistoya bastaban las disensiones, y para conservar a Pisa, las fortalezas; por tal motivo, y para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época en que las fuerzas de Italia estaban equilibradas; pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, porque no creo que las divisiones traigan beneficio alguno⁵⁹⁸; al contrario, juzgó inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas, y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de güelfos y gibelinos; y aunque no los dejaban llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común⁵⁹⁹.

⁵⁹² No los hay ya de esta especie (E).

⁵⁹³ Dudo de que los aliados que están en Francia puedan impedir esto, y, por otra parte, saldrán muy pronto (E).

⁵⁹⁴ Imposible para ellos en este momento, y sería urgente. Pero conservan la mía, para la que soy todo (E).

⁵⁹⁵ Puse atención en esto en Italia (RC).

⁵⁹⁶ Con gusto los vi fastidiarse del servicio, y estaba convencido de que, pasado el 1º de febrero, se cansarían de él (RC).

⁵⁹⁷ No poner, para guardar el país conquistado, más que regimientos de cuyo apego estoy seguro (RC).

⁵⁹⁸ No debe tomarse literalmente este raciocinio, porque en tiempos de Maquiavelo los ciudadanos eran también soldados en caso de ataque a su ciudad. No se cuenta ya hoy con los ciudadanos para el caso de defender una ciudad atacada, sino con las buenas tropas que han sido colocadas en ella. Pienso, pues, como los antiguos florentinos, que es bueno mantener partidos de cualquier índole en las ciudades y provincias, para ocuparlas cuando son de naturaleza turbulenta. Bien entendido que ninguno se dirija contra mí (RC)

⁵⁹⁹ Estratagema que me resultó acertada a menudo. Les echo, a veces, algunas semillas de discordia particulares, cuando quiero distraerlos de ocuparse en los negocios de Estado o cuando preparo en secreto alguna extraordinaria medida de gobierno (RI).

Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra, pues derrotados en Vailá, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el Estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de alguna debilidad en el príncipe⁶⁰⁰ porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas, manejará más fácilmente a sus súbditos⁶⁰¹, pero que mostrarán su ineficacia en cuanto sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace⁶⁰². Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala que los enemigos le han traído⁶⁰³, elevarse a mayor altura. Y hasta hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencias para que, al aplastarlas, se acreciente su gloria⁶⁰⁴.

Los príncipes, sobre todo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban⁶⁰⁵. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso⁶⁰⁶. Sólo diré esto: que los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente conquistarlos a su causa⁶⁰⁷; y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto que saben que les es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía⁶⁰⁸; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de los que, por serle demasiado fieles⁶⁰⁹, descuidan sus obligaciones.

⁶⁰⁰ Quizá también, a veces, algo de prudencia y de arte (RI).

⁶⁰¹ En tiempos de guerra es menester distraerlos de otro modo para contentarlos (RI).

⁶⁰² ¿Podían ser superadas más de lo que lo hice yo? (RI).

⁶⁰³ ¡Cuántas escalas me trajeron! Me aproveché bien. (RI).

⁶⁰⁴ Maquiavelo debe estar contento del provecho que saqué de este consejo (RI).

⁶⁰⁵ Esto puede ser verdad para otros, pero casi no lo es para mí (RI).

⁶⁰⁶ Enhorabuena (RI).

⁶⁰⁷ Como gané a ciertos nobles que, por ambición o medianía de fortuna, necesitaban puestos, y a los emigrados, a las puertas de Francia y restituí a quienes volví a abrir las puertas de Francia y restituí sus bienes... (RI).

⁶⁰⁸ ¿Qué no hicieron conmigo con ese fin? (RI).

⁶⁰⁹ Es necesario saber turbar esa tranquilidad cuando se sospecha que aflojan; y, aun cuando no hubiera motivos, para sospecharlo, algunos intempestivos arranques surten siempre un buen efecto (RI).

Y puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquiriera un Estado nuevo mediante la ayuda de los ciudadanos que examine bien el motivo que impulsó a éstos a favorecerlo, porque si no se trata de afecto natural, sino de descontento anterior del Estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos⁶¹⁰. Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, y se verá que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, que lo son porque estaban satisfechos con el gobierno anterior⁶¹¹, que la de los que, por estar descontentos⁶¹² se hicieron amigos del nuevo príncipe y le ayudaron a conquistar el Estado⁶¹³.

Los príncipes, para conservarse irás seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra⁶¹⁴ y refugio seguro para ellos en caso de un ataque imprevisto⁶¹⁵. Alabo esta costumbre de los antiguos. Pero repárese en que en estos tiempos se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Cittá di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados, de donde lo arrojó César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más difícil arrebatarle el Estado⁶¹⁶. Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues si en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas⁶¹⁷; pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellos. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el Estado. Pero, en definitiva, no hay mejor

⁶¹⁰ Solo me quisieron para que los llenara de bienes y como son insaciables, querrían lo mismo a nuestro príncipe que me sustituyera, a fin de verse colmados también por él. Su alma es el tonel de las Danaides, y su ambición, el buitre de Prometeo (RI).

⁶¹¹ Tales como los realistas moderados (RI).

⁶¹² Por despecho de ambición (RI).

⁶¹³ Reflexión muy profunda (RI).

⁶¹⁴ Así fueron construidos la Bastilla, en el reinado de Carlos el Sabio, para asegurarse de los parisienses, y el Castillo Trompeta, de Burdeos, en el de Carlos VIII, para asegurarse de los bordeleses. No perdamos esto de vista (RI).

⁶¹⁵ En la primera ocasión me haré una en las alturas de Montmartre, para imponer respeto a los parisienses. ¡Pero no la tuve cuando ellos se entregaron cobardemente a los aliados! El Castillo Trompeta contendrá a los traidores del Garona (E)

⁶¹⁶ Destruir todas las de Italia, excepto las de Mantua y Alejandría, que fortificaré todo lo más que pueda (G).

⁶¹⁷ Cuando se teme a los unos tanto como a los otros, conviene tenerlas y en tantos sitios como se teme (E).

fortaleza que el no ser odiado por el pueblo⁶¹⁸ porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea⁶¹⁹ pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran⁶²⁰.

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forli, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido; porque gracias a ellas pudo escapar al furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado⁶²¹. Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo⁶²². Y después su fortaleza, de nada le sirvió, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la condesa⁶²³. Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas⁶²⁴.

Consideradas, pues estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiando en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo⁶²⁵.

⁶¹⁸ Pero, si os aborrecen, os hacen a menudo más daño que el bien que podrían haceros cien amigos (E).

⁶¹⁹ No lo creo (E).

⁶²⁰ Entonces, como entonces. ¡Hoy veríamos! (E).

⁶²¹ Esto es, por cierto, bastante para la justificación de las fortalezas (E).

⁶²² No tenía un ejército como el mío (E).

⁶²³ Si no tenía más que esto para defenderse, lo creo muy bien (E).

⁶²⁴ ¿No ser aborrecido por el pueblo? Vuelve siempre a esta pulcritud. Las fortalezas equivalen, sin duda, al amor del pueblo (E).

⁶²⁵ Puedes alabarme anticipadamente (E).

Capítulo XXI

Como debe comportarse un príncipe para ser estimado

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y el ejemplo de raras virtudes⁶²⁶. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España a quien casi puede llamarse príncipe⁶²⁷ nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad⁶²⁸. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias⁶²⁹. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada⁶³⁰, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, que, pensando en esa guerra, no pensaban en catribios políticos, y por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos y sin que ellos se diesen cuenta⁶³¹. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después⁶³². Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó, sirviéndose siempre de la Iglesia, a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los «marranos»⁶³³. No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el África, llevó a cabo la campaña de Italia y últimamente atacó a Francia, porque siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos y mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras⁶³⁴. Y estas acciones suyas nacieron de tal modo una tras otra⁶³⁵ que no dio tiempo a los hombres para poder preparar

⁶²⁶ Con ellas me he elevado y únicamente con ellas puedo sostenerme. Si no hiciera otras nuevas que sobrepasaran a las anteriores, decaería (RI).

⁶²⁷ Los hay de muchas especies (E).

⁶²⁸ Llegaré a serlo (E).

⁶²⁹ No más que las mías (RI).

⁶³⁰ Hacer otro tanto con España (RC).

⁶³¹ Mis circunstancias se diferenciaban mucho de las suyas en mi empresa de España, para que tuviera iguales triunfos. Por lo demás, me podía pasar sin ellos (RI).

⁶³² Fernando fue más feliz que yo o tuvo ocasiones más favorables. El hacer obrar a mi hermano (¡ah, qué hermano!), ¿no es como si yo mismo obrara? (RI).

⁶³³ Mi devoción por el concordato no pudo autorizarme más que para echar a los curas que me habían mostrado antes y que se mostraban todavía reacios a las promesas y juramentos. No los necesitaba sino dóciles y bien jesuíticos. De cuando en cuando agraviaré a los "Padres de la fe". ¡Fesh los protegerá, y ellos lo harán papa! (RC).

⁶³⁴ El tener siempre embobados a mis pueblos, dándoles que hablar de continuo sobre mis triunfos o mis proyectos engrandecidos por el genio de la ambición, no puede menos que serme de gran utilidad (RC).

⁶³⁵ A ello me dediqué especialmente en mis tratados de paz, haciendo insertar siempre alguna cláusula propia, para engendrar el pretexto de una nueva guerra inmediata (RI).

con tranquilidad algo en su perjuicio⁶³⁶.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración⁶³⁷, como se cuenta que las hallaba Bernabó de Milán. Y cuando cualquier súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil, hay que descubrir un modo de recompensarlo⁶³⁸ o castigarlo⁶³⁹ que dé amplio tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo⁶⁴⁰ el príncipe debe ingeniarse por parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco, es decir, al que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro⁶⁴¹. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral⁶⁴². Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de estos casos: que, por ser los adversarios fuertes, tenga que temer a cualquiera de los dos que gane la guerra, o que no⁶⁴³; en uno o en otro caso siempre será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra⁶⁴⁴. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor⁶⁴⁵, con placer y satisfacción del vencido⁶⁴⁶; y no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no lo ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor⁶⁴⁷.

Antíoco, llamado a Grecia por los etolios para arrojar de allí a los romanos, mandó embajadores a los acayos, que eran amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Los romanos, por el contrario, les pedían que tomaran las armas a su favor⁶⁴⁸.

Se debatió el asunto en el consejo de los acayos, y cuando el enviado de Antíoco

⁶³⁶ Es también uno de mis fines en la rápida sucesión de mis empresas (RI).

⁶³⁷ Pero conviene, por cierto, que estas cosas deslumbren con el fausto y que no carezcan por completo de algunas apariencias de utilidad pública (RI).

⁶³⁸ La institución de mis premios decenales (RI).

⁶³⁹ Ya no puede inventarse nada en este ramo (RI).

⁶⁴⁰ Te comprendo y me conformo con tus consejos (RI).

⁶⁴¹ Salvo el hacer luego al revés (RC).

⁶⁴² Indicio de la mayor debilidad en armas y genio (RC).

⁶⁴³ Pase; no temo a ninguno en particular, y los tendré divididos hasta que pueda reunirlos conmigo (RC).

⁶⁴⁴ No hay otro (RI).

⁶⁴⁵ Así es como los neutrales de las alianzas anteriores fueron despojos míos (RI).

⁶⁴⁶ Disposiciones de que me aprovecho siempre a costa suya (RI).

⁶⁴⁷ Buena reflexión para otros en especia para quienes no tuvieron nunca bastante sano juicio para hacerla (RI).

⁶⁴⁸ Así haré hablar a los príncipes de Alemania, cuando se trate de mi famosa expedición a Rusia. Haré marchar a los otros sin esto (RI).

solicitó neutralidad, el representante romano replicó: *«Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris erifis»*.

Y siempre verás que aquel que no es tu amigo te exigirá la neutralidad, y aquel que es amigo tuyo te exigirá que demuestres tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen las más de las veces el camino de la neutralidad, y las más de las veces fracasan⁶⁴⁹. Pero cuando el príncipe se declara valientemente por una de las partes si triunfa aquella a la que se une, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto; y los hombres nunca son tan malvados que, dando una prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen⁶⁵⁰. Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento. sobre todo con respecto a la justicia⁶⁵¹. Y si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir⁶⁵². En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos, al que el príncipe, si fuese prudente, debería salvar⁶⁵³, porque si vence queda a su discreción⁶⁵⁴ y es imposible que con su ayuda no venza.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan⁶⁵⁵, porque si venciera queda en su poder⁶⁵⁶, y los príncipes deben hacer lo posible por no quedar a disposición de otros⁶⁵⁷. Los venecianos, que, pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina⁶⁵⁸. Pero cuando no se puede evitar, como sucedió a los

⁶⁴⁹ Se mostraron débiles, y por esto mismo podían considerarse perdidos (RI).

⁶⁵⁰ ¿Valían, pues, los hombres de entonces más que los de ahora, en que semejantes consideraciones ni cuadran ni se hacen? Nuestro siglo de luces dilató maravillosamente la esfera de la ciencia política (RI).

⁶⁵¹ Cada uno la entiende a su modo (RI).

⁶⁵² Bueno para los principillos (RI).

⁶⁵³ Rusia no vio esto cuando abandonó a Austria a mis armas. Veré mejor cuando se trate de obrar contra Rusia, Austria y Prusia, por más interesadas que estén en su conservación, pueden dejarse por mí (RI).

⁶⁵⁴ Todas ellas llegarán a esto (RI).

⁶⁵⁵ Ofreceré tal cuando me convenga (RI).

⁶⁵⁶ Lo serán (RI).

⁶⁵⁷ No es necesario que puedan evitarlo (RI).

⁶⁵⁸ Misérrimo ejemplo (RC).

florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Y que no se crea que los Estados pueden inclinarse siempre por partidos seguros⁶⁵⁹; por el contrario, piénsese que todos son dudosos; porque acontece en el orden de las cosas que, cuando se quiere evitar un inconveniente, se incurre en otro⁶⁶⁰. Pero la prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distinguen en las artes⁶⁶¹. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos⁶⁶². Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado⁶⁶³. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones⁶⁶⁴ a los cuales conviene que el príncipe conceda su atención⁶⁶⁵. Reúnase de vez en vez con ellos⁶⁶⁶ y dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en ninguna ocasión.

⁶⁵⁹ Puede contar uno con su suerte (RC).

⁶⁶⁰ Los hay siempre más numerosos o más graves de una parte de otra (RC)

⁶⁶¹ Multiplicas las apetnets de invención (RC)

⁶⁶² Los tributos no espantan nunca a la codicia mercantil (RC)

⁶⁶³ ¿Se multiplicaron alguna vez tanto como lo hice yo?

⁶⁶⁴ Es muy popular (RC).

⁶⁶⁵ Basta, por cierto, con mostrarse en las reuniones teatrales. (RC).

⁶⁶⁶ Es menester ser sobrio en ello (RC).

Capítulo XXII

De los secretarios del príncipe

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, que será buena o mala la cordura del príncipe⁶⁶⁷. La primera opinión que se tiene del juicio de un príncipe se funda en los hombres que lo rodean⁶⁶⁸ si son capaces y fieles⁶⁶⁹, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles⁶⁷⁰; pero cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección⁶⁷¹.

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo, por tener por ministro a quien tenía⁶⁷². Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí⁶⁷³; el segundo entiende lo que los otros disciernen⁶⁷⁴ y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen⁶⁷⁵. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil⁶⁷⁶. Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque con tal que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo que hace y dice, reconocerá, aunque de por sí no las descubra, cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, y podrá corregir éstas y elogiar las otras; y el ministro, que no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el príncipe

⁶⁶⁷ Pero esta cordura debe acomodarse también a las circunstancias. Las hay tales que el más difamado es el más recomendable (RP).

⁶⁶⁸ ¿Qué habrían pensado de mí si hubiera tomado por ministros y consejeros a varios amigos declarados de los Borbones, condecorados con sus cruces de San Luis y colmados de mercedes por aquel a quien yo sustituía y que aspiraba a suplantarme? (RI).

⁶⁶⁹ Puede hallar todo esto en un individuo desacreditado mucho mejor que en aquel cuya reputación huele como bálsamo (RC).

⁶⁷⁰ Aquí está la dificultad, y en ello hallarás su ruina (E).

⁶⁷¹ No sabe evitarlo el que no conoce a los hombres y deja dirigir por otro en sus elecciones (E).

⁶⁷² Ved sus elecciones y juzgad (E).

⁶⁷³ A esto me apego más (RC).

⁶⁷⁴ No faltó a ello, pero siempre con visos de una gran superioridad intelectual (RC)

⁶⁷⁵ Son unos estúpidos y animales. Maquiavelo olvidó los espíritus sistemáticos y encaprichados con sus sistemas (RC).

⁶⁷⁶ Los cuartos se pierden creyendo con soberbia que hacen lo mejor (E).

nunca podrá confiar⁶⁷⁷. Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe⁶⁷⁸, y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él⁶⁷⁹. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas⁶⁸⁰ y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos⁶⁸¹. Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así, pueden confiar unos en otros⁶⁸²; pero cuando procedan de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros⁶⁸³.

⁶⁷⁷ Hacer todo cuanto sea posible para que no pueda pensar en sus intereses sino ocupándose de los tuyos (RC).

⁶⁷⁸ No es posible: es muy severo. Pero, si piensa más en sí que en mí, lo notaré al punto, y vía, vía (RC).

⁶⁷⁹ ¡Cómo saben encubrir sus intereses bajo los de mí reinado! (RI).

⁶⁸⁰ Cuando no son como los míos, gentes que tienen tragada toda vergüenza, queda más honradez en mi reino de Italia (RI).

⁶⁸¹ ¡Trapaceros! Han aprendido ahora a hacerse importantes en todos los gobiernos, aun en los más disparatados y opuestos (E).

⁶⁸² Buenos para otros tiempos o para otros lugares distintos de Francia (RI).

⁶⁸³ ¿Quién hubiera creído que sería yo? Repararé esto (E).

Capítulo XXIII

Como huir de los aduladores

No quiero pasar por alto un asunto importante, y es la falta en que con facilidad caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben elegir bien. Me refiero a los aduladores, que abundan en todas las cortes⁶⁸⁴. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias obras, y de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad; y cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables⁶⁸⁵. Pues no hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad⁶⁸⁶; y resulta que, cuando todos pueden decir la verdad⁶⁸⁷, faltan al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas⁶⁸⁸. Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos⁶⁸⁹, escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por sí y a su albedrío⁶⁹⁰. Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su cumplimiento⁶⁹¹. Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos⁶⁹².

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno. Fray Lucas [Rinaldi], embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía, hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería⁶⁹³. Y esto precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada. Porque el emperador

⁶⁸⁴ Son necesarios. Un príncipe necesita de su incienso; pero no debe dejarse desvanecer. y esto es lo difícil (RI).

⁶⁸⁵ Si no me alabaran con ponderación, el pueblo me tendría por inferior a un hombre vulgar (RI).

⁶⁸⁶ Consiento en ello, pero ¿querrán decírmela? (RC).

⁶⁸⁷ Es ya demasiado el permitirlo a dos o tres (RC).

⁶⁸⁸ Prohibición a estos mismos, de abrir la boca si no son interrogados (RC).

⁶⁸⁹ Es mucho (RC).

⁶⁹⁰ No descuide esto, y me va bien (RI).

⁶⁹¹ Soy yo, por cierto (RI).

⁶⁹² Añádase la fuerza de las actuales circunstancias que le hacen más inevitables estos dos peligros, y le veis ya en aquel fin al que los aduladores arrastran (E).

⁶⁹³ Tuvo buenos pensamientos, especialmente cuando quiso ser el colega y el igual del papa, aun en materia de religión, y tomó con esta mira el título de "pontifex maximus". Pero no tenía mi entereza genial. Se contentó con decir que "si fuera Dios y tuviera dos hijos, el primero sería Dios y el segundo rey de Francia". En cuanto a mí, omnipotente en Europa, haré que mi hijo, si queda único, tenga por sí solo la soberanía de la Santa Sede junto con la del imperio (RI).

es un hombre reservado que no comunica a nadie pensamientos ni pide pareceres; pero como, al querer ponerlos en práctica, empiezan a conocerse y descubrirse, y los que lo rodean opinan en contra⁶⁹⁴, fácilmente desiste de ellos⁶⁹⁵. De donde resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea o intenta hacer y que no se puede confiar en sus determinaciones⁶⁹⁶.

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente y no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado⁶⁹⁷. Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ofenderse cuando se entera de que alguien no se la ha dicho por temor⁶⁹⁸. Se engañan los que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades⁶⁹⁹. Porque ésta es una regla general que no falla nunca: un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que lo guíe en todo⁷⁰⁰. Y aun en este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado. Y si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos, y un príncipe que no sea sabio⁷⁰¹ no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo, y él no podrá saberlo ni corregirlo⁷⁰². Y es imposible hallar otra clase de consejeros, porque los hombres se comportarán siempre mal mientras la necesidad no los obligue a lo contrario⁷⁰³. De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos⁷⁰⁴.

⁶⁹⁴ Desgraciado del que lo imaginara siquiera (RI).

⁶⁹⁵ Bella imaginación en una cabeza débil (RI).

⁶⁹⁶ No somos realmente auxiliados más que cuando las gentes por quienes queremos serlo saben que somos invariables (RI).

⁶⁹⁷ He sabido hacer perder por completo la voluntad de ello (RI).

⁶⁹⁸ Maquiavelo exige mucho. Sé mejor que él lo que conviene en mi situación (RI).

⁶⁹⁹ La opinión está fijada. Se sabe que puedo decir como Luis XI: "Mi verdadero consejo está en mi cabeza" (RI).

⁷⁰⁰ Sed un Luis XIII hoy en día y veréis bien pronto que Armand hará, como Pepino (RI).

⁷⁰¹ No debe cargarse, entonces, con el peso de otro (RI).

⁷⁰² Esto se verifica (E).

⁷⁰³ Verdad irrefragable, que bastará que los ministros y cortesanos alejen el príncipe toda lectura de Maquiavelo (E).

⁷⁰⁴ ¿En dónde está la cabeza reinante capaz de ello? En un islote del Mediterráneo (E).

Capítulo XXIV

Por qué los príncipes de Italia⁷⁰⁵ perdieron sus estados

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario⁷⁰⁶. Por la razón de que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan más a él que a uno de linaje antiguo⁷⁰⁷. Porque los hombres se ganan mucho mejor con las cosas presentes que con las pasadas⁷⁰⁸, y cuando en las presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada; y mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas⁷⁰⁹, estarán siempre dispuestos a defenderlo⁷¹⁰. Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo y de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos⁷¹¹. Del mismo modo que será doble la deshonra del que habiendo nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia⁷¹².

Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se advertirá, en primer lugar, en lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo⁷¹³, y que el que lo tuvo por amigo no supo asegurarse de los nobles⁷¹⁴. Porque sin estas faltas no se pierden los Estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña⁷¹⁵, Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los

⁷⁰⁵ El capítulo más curioso (E).

⁷⁰⁶ Hice la prueba (RI).

⁷⁰⁷ El apego que la mayoría de sus nobles me manifiesta, me prueba que los tienen casi olvidados (RI)

⁷⁰⁸ Especialmente cuando son emigrados a quienes han sido restituidos sus bienes a hidalgillos pobres a los que se hizo ricos. Y aun los ricos me agradecen el haberlos ayudado a aumentar su caudal (RI).

⁷⁰⁹ Me echarán en cara esta falta para justificarse de haberme vuelto la espalda (E).

⁷¹⁰ Hago la feliz experiencia suya (RI).

⁷¹¹ No me falta ninguna de estas glorias (RI).

⁷¹² Esto me interesa (RI).

⁷¹³ El tener como enemiga a sólo una parte debe bastar (E).

⁷¹⁴ Esto le es imposible con los que le rodean (E).

⁷¹⁵ Sí, pero en caso de que pueda disponer de ellos... (E).

romanos, que lo atacaron juntos; sin embargo, como era guerrero y había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles⁷¹⁶ pudo resistir una lucha de muchos años; y si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio, el reino⁷¹⁷. Por consiguiente, estos príncipes nuestros que ocupaban el poder desde hacía muchos años no acusan a la fortuna por haberlo perdido, sino a su ineptitud. Como en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza)⁷¹⁸, cuando se presentaron tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse⁷¹⁹, y esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos⁷²⁰. Partido que es bueno cuando no hay otros; pero está muy mal dejar los otros por ése, pues no debemos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay; y si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros⁷²¹. Y las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes⁷²².

⁷¹⁶ De igual modo asumiré mejor postura con respecto a la confederación, si es que se renueva (E).

⁷¹⁷ Aun cuando aceptara la cesión ya hecha de los países conquistados por mí y me restringiera a los límites establecidos, siempre sería emperador de los franceses (E).

⁷¹⁸ Véase cómo se verifica esto: cuanto les rodea se pavonea en medio de sus satisfacciones, y temerían hacer una mala digestión si dieran cabida a la menor inquietud. Aun supuesto que si volvieran a verme no querrían creer todavía en la posibilidad de mi regreso. Su natural disposición se presta grandemente a mis estrategias narcóticas (E).

⁷¹⁹ No tendrán ya lugar para hacerlo (E).

⁷²⁰ Contestaré como un príncipe que se ha vuelto moderado, humano, sabio (E).

⁷²¹ ¿Tendrán ellos otra? Es posible que los desamparen al ver mi buena presencia; y, por otra parte, me aseguraré activamente (E).

⁷²² Nunca conté más que con éstas..., ¡y las tendré! (E).

Capítulo XXV

Del poder de la fortuna en las cosas humanas y de los medios para oponerse

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas⁷²³. De lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días⁷²⁴. Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea Juez de la mitad de nuestras acciones pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos⁷²⁵. Y la comparo con uno de esos ríos antiguo que, cuando se embravecen⁷²⁶, inundan las llanuras, derribaban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos⁷²⁷, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial⁷²⁸. Así sucede con la fortuna⁷²⁹ que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Y si ahora contemplamos a Italia, teatro de estos cambios y punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase; y que si hubiese estado defendida por la virtud necesaria⁷³⁰, como

⁷²³ Sistema de los perezosos o débiles. Con ingenio y actividad se sobrepone uno a la más adversa fortuna (E).

⁷²⁴ Los habría visto, mayores y más numerosos que los que engendré y que puedo producir todavía (E).

⁷²⁵ San Agustín no discurre mejor sobre el libre albedrío. El mío ha domado a Europa y a la naturaleza (RI).

⁷²⁶ Esta es mi fortuna: soy yo en persona (RI).

⁷²⁷ No les dejó lugar mi facilidad para ello (RI).

⁷²⁸ No es mi estrella la que puede reducirse así (RI).

⁷²⁹ Como sería la de mis enemigos (RI).

⁷³⁰ Lo será (G)

lo están Alemania, España y Francia, o esta inundación no habría provocado⁷³¹ las grandes transformaciones que ha provoca o no se habría producido⁷³². Y que lo dicho sea suficiente sobre la necesidad general de oponerse a la fortuna⁷³³.

Pero ciñéndome más a los detalles me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta⁷³⁴. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte, es decir, a que el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia⁷³⁵. Creo también que es feliz el que concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias, y que del mismo modo es desdichado el que no logra armonizar una cosa con la otra⁷³⁶. Pues se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, esto es, a la gloria y las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares⁷³⁷.⁷³⁷ Se observa también que, de dos hombres cautos, el uno consigue su propósito y el otro no, y que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu,: lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse⁷³⁸. De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado; y que de dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objeto y el otro no. De esto depende asimismo el éxito, pues si las circunstancias y los acontecimientos se presentan de tal modo que el príncipe que es cauto y paciente se ve favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz; mas si cambian, está perdido, porque no cambia al mismo tiempo su proceder. Pero no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las circunstancias, ya porque no

⁷³¹ Verá otras muchas (G).

⁷³² ¡Si me vieras en medio de ella y conocieras mis planes!... (G).

⁷³³ A pesar de tu discreción, te adivino y sacaré provecho (G)

⁷³⁴ ¡Pobres formalistas! (RI).

⁷³⁵ Es menester adaptarse a sus variaciones, sin contar con ella por completo, aunque aparentando que se está seguro del éxito (RC).

⁷³⁶ Jamás la benignidad estuvo más en discordancia con mi situación (E)

⁷³⁷ Se obtiene si seguimos nuestro espontáneo modo de ser y no obramos introspectivamente (RC).

⁷³⁸ El variar según las circunstancias y las épocas, sin perder nada del propio vigor, es lo más difícil del mundo y lo que requiere mayor entereza. Dentro de poco se verá la calidad y la adaptabilidad de la mía (E).

puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina⁷³⁹, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero⁷⁴⁰. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso⁷⁴¹. Que si cambiase de conducta junto con las circunstancias, no cambiarla su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones⁷⁴², y las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aun vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, y el rey de España deliberaba con el de Francia sobre las medidas por tomar; pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas⁷⁴³. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; y éstos por miedo, y aquélla con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, no se movieron; por otra parte, el rey de Francia se puso de su lado, pues al ver que Julio II había iniciado la campaña, y como quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos⁷⁴⁴ juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo en forma manifiesta. Así, pues, Julio II, con su impetuoso ataque, hizo lo que ningún pontífice hubiera logrado con toda la prudencia humana⁷⁴⁵; porque si él hubiera esperado para partir de Roma a tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles, como cualquier otro pontífice hubiese hecho⁷⁴⁶, jamás habría triunfado, porque el rey de Francia hubiera tenido mil pretextos y los otros amenazados con mil represalias⁷⁴⁷. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, todas iguales a aquella y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida⁷⁴⁸ no le permitió conocer lo contrario. Que, a sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, corriera a su ruina, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo

⁷³⁹ Es difícil, pero lo he de conseguir (E).

⁷⁴⁰ Mostrarse bueno durante el reinado por el solo hecho de haberse mostrado tal antes, cuando se tenía el propósito de llegar al trono es el método más ruinoso (E).

⁷⁴¹ Espero hacerlo con absoluta confianza en mi buena estrella (E).

⁷⁴² Por suerte ya no hay papas como éste, que arrojó al Tiber las llaves de San Pedro para utilizar sólo la espada de San Pablo (G).

⁷⁴³ He seguido esta táctica, pero no por arrebato, como él, sino por cálculo y de acuerdo con la oportunidad (RI).

⁷⁴⁴ Inventaré algo semejante con respecto a los aliados, según el curso de su política (E).

⁷⁴⁵ Las imprudencias son, a menudo, necesarias, pero conviene calcularlas (E).

⁷⁴⁶ ¡Cuántos reyes, aun sin ser del clero, obran con esa lenta y necia prudencia! (E).

⁷⁴⁷ Si no consigo evitar todo esto, autorizo a que me juzguen indigno de reinar (E).

⁷⁴⁸ Es estupendo, sin embargo, poder continuar con éxito y durante diez años el mismo método. Maquiavelo hubiera tenido que decir que Julio II sabía distraer con pactos amistosos a las potencias que quería sorprender (RC).

de obrar al cual lo inclinaba su naturaleza⁷⁴⁹.

Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén de desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto⁷⁵⁰, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tener sumisa, golpearla y zaherirla. Y se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que actúan con tibieza. Y, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes y más fogosos y se imponen con más audacia⁷⁵¹.

⁷⁴⁹ Cuando salimos siempre bien con tal conducta y ella está de acuerdo con nuestra índole, tenemos motivos poderosos para no despreciarla, aunque mezclándole algo e estúpida moderación diplomática (RI).

⁷⁵⁰ Así es. Las reiteradas experiencias hechas impiden toda duda al respecto (E).

⁷⁵¹ Lo comprobé muchas veces, y si fuera menos joven no contarla ya con ella. Debo apresurarme (E).

Capítulo XXVI

Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros⁷⁵²

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria, y si se encuentra en ella cuanto es necesario a un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos⁷⁵³. Y no pude menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurrían en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse momento más adecuado⁷⁵⁴. Y si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que soportara toda clase de vejaciones⁷⁵⁵. Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras⁷⁵⁶ no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardía y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas⁷⁵⁷.

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros⁷⁵⁸. Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera

⁷⁵² Maquiavelo hablaba como romano y pensaba siempre en los franceses. Para mí, en cambio, los bárbaros a quienes hay que echar de Italia son Austria, España, el papa, etc. (G).

⁷⁵³ Magnífico proyecto, cuya ejecución me estaba reservada. Con italianos afeminados como hoy, hubiera sido imposible. Pero siendo yo italiano, puedo hacerlo con franceses a mis órdenes de quienes los italianos aprenderán el valor militar (G).

⁷⁵⁴ Los tiempos actuales son mucho más propicios todavía, puesto que, al ser rechazada allí la Revolución, se produjeron hondas conmociones políticas y una gran agitación en los espíritus (G).

⁷⁵⁵ Conviene volverla a poner en el mismo estado, para restablecerla luego bajo un cetro único (G).

⁷⁵⁶ No tanto como yo, por cierto (G).

⁷⁵⁷ Heme aquí, pero antes de salvarla para mí es menester que introduzca el hierro y el fuego en sus heridas (G).

⁷⁵⁸ Al mando de esos mismos bárbaros escucharé tus ruegos (G).

mientras haya quien la empuñe. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda, confiar más que en vuestra ilustre casa⁷⁵⁹, para que con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención⁷⁶⁰. Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados⁷⁶¹. Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres⁷⁶²; y no tuvo ninguna ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: *iustum enim esi bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*. Aquí hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable no puede haber grandes dificultades⁷⁶³, y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná⁷⁶⁴; todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás⁷⁶⁵. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde⁷⁶⁶.

No es asombroso que ninguno de los italianos a quienes he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga vuestra ilustre casa, ni es extraño que después de tantas revoluciones y revueltas guerreras parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Pero se debe a que la antigua organización militar no era buena y a que nadie ha sabido modificarla⁷⁶⁷. Nada honra tanto a un hombre que se acaba de elevar al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él⁷⁶⁸, que si están bien cimentadas y llevan algo grande en sí mismas, lo hacen digno de respeto y admiraron. E Italia no carece de arcilla modelable⁷⁶⁹. Que si falta

⁷⁵⁹ Así hubiera sido a haber formado yo parte de ella entonces (G)

⁷⁶⁰ De emprenderla, sí, pero no de consumarla, por incapacidad para hacer más de lo que hizo (G).

⁷⁶¹ Pero es preciso tener su fuerza para imitarlos bien (G).

⁷⁶² Mal razonamiento, pues hay hombres y hombres (G).

⁷⁶³ Hay algo de verdad en todo esto, pero lo que veo con mayor claridad es el ardor extremo que Maquiavelo despliega al plantear tal solución (G).

⁷⁶⁴ Otros tantos mil agros que se renovaron en mí favor con mayor realidad que para Lorenzo (RC)

⁷⁶⁵ Así será (RC).

⁷⁶⁶ Se ve que Maquiavelo quería tener su participación. Yo se la concedo porque me ha sido útil con sus advertencias (RI).

⁷⁶⁷ Con las mías, tan gloriosamente probadas en Francia y que ellos tendrán a su vez, el triunfo es inevitable (RC).

⁷⁶⁸ La táctica que empleo es invento mío, y ante sus efectos se han rendido todos los magnates de Europa (RI).

⁷⁶⁹ Esto siempre es un aliento (G).

valor en los jefes, sóbrales a los soldados. Fijaos en los duelos y en las riñas, y advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero en las batallas, y por culpa exclusiva de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante; porque los capaces no son obedecidos; y todos se creen capaces, pero hasta ahora no hubo nadie que supiese imponerse por su valor y su fortuna, y que hiciese ceder a los demás⁷⁷⁰. A esto hay que atribuir el que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestra Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia y Mestri.

Si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, y como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas propias; porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos, cuando vean que quien los dirige, los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona, serán mejores⁷⁷¹. Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros⁷⁷². Y aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas⁷⁷³. Porque los españoles no resisten a la caballería, y los suizos tienen miedo de la infantería que se muestra tan porfiada como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto y volverá a verse que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, y que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Y por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, que siguen la misma táctica que los suizos; pues los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles habían penetrado por entre las picas de los alemanes y los acuchillaban sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y a no haber embestido la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto,

⁷⁷⁰ Al siglo XVIII únicamente le estaba reservado el producir a este hombre (G).

⁷⁷¹ ¡Qué no haré cuando disponga como príncipe suyo, de un ejército italiano asimilado a otro francés! (G).

⁷⁷² Maquiavelo no habla más que de defenderse de los extranjeros. Yo aspiro a conquistarlos y a hacerlos mis súbditos (G).

⁷⁷³ Procedimiento ridículo que la pólvora hizo olvidar. Aquellos pretendidos maestros del arte militar eran sólo unos chiquillos (G).

conociendo los defectos de una y otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería y a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes⁷⁷⁴. Y no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo⁷⁷⁵.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor⁷⁷⁶. No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuánta obstinada fe, con cuánta ternura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos negaríanle obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje?⁷⁷⁷ A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abraza, pues, vuestra ilustre familia esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a fin de que bajo su enseña la patria se ennoblezca⁷⁷⁸ y bajo sus auspicios se realice la aspiración de Petrarca:

*Virtù contro a furore Prenderá l'arme; e fia 'l combatter corto, Ché l'antico valore
Negl'italici cuor non é ancor morto.*⁷⁷⁹

FIN

⁷⁷⁴ Todo lo he preparado ya (G).

⁷⁷⁵ Mi táctica, cuyo secreto no poseen aún mis enemigos, me las procurará en una forma muy superior a la que le hubiera ido posible a Lorenzo (G).

⁷⁷⁶ Italia lo ha visto, al fin, en mí (RI).

⁷⁷⁷ Todas estas predicciones se han cumplido. Hasta los habitantes de la Ciudad Eterna se vanaglorian de estar bajo mi cetro (RI).

⁷⁷⁸ Lo conseguiré todo, siempre que no haya riesgo para mí (RI).

⁷⁷⁹ Hoy, gracias a mí, revive casi por completo. Me cuidaré, sin embargo, de permitir que se reúnan en una sola nación, a no ser que pretenda destruir a Francia, a Alemania y a Europa entera (RI).